



TÚNEZ. — El Kef, antigua *Sicca Veneria*. (Pág. 475).

tinuos. En los primeros días de Agosto el P. Goujon empeoró, y afligíale el pensamiento de que no podía cumplir con las funciones de su ministerio el día de la Asunción, fiesta patronal de la Mision indígena de la isla de los Pinos. La Hermana enfermera le propuso comenzar un novena á Nuestra Señora de los Dolores. Por la mañana del último día el Padre se había levantado, y no obstante un sol abrasador, quiso presidir la procesion. El día siguiente no pudo levantarse, y como la Hermana enfermera le dirigiera algun reproche por su temeridad, le contestó:

«— ¡Ah! he celebrado en este país la fiesta de la Asunción treinta y tres veces, y esta es la última... por tal motivo he querido presidir los Oficios de tan bello día. Continué orando y haciendo orar por mí, á fin de obtenerme la gracia de una buena muerte.

«Acercándose la época de los ejercicios anuales de los Padres del vicariato, nuestro enfermo solicitó el favor de poder ir á San Luis, y le fué concedido. A su regreso á la isla de los Pinos experimentó nuevamente violentos accesos de su penosa dolencia, y á pesar de esto quiso dirigir por sí mismo los preparativos para la recepcion de su Prelado.

«Por la noche del 10 de Diciembre vinieron á buscarle á toda prisa para auxiliar á un enfermo... Al momento se levanta y parte. Este fué el último acto de su ministerio. A su regreso experimentó un vivo dolor en el costado derecho, y sin embargo nos pareció síntoma poco grave; pero la enfermedad fué haciendo tales progresos que me creí en el deber de proponer á nuestro compañero la recepcion de los últimos Sacramentos. En la mañana del viernes, 16 del corriente, los niños de la escuela en traje de fiesta, las niñas del asilo con vestidos blancos, y casi toda la poblacion acompañaron la sagrada Hostia. En un momento tan solemne el respetable Padre quiso dirigir la palabra á su pueblo reunido.

«— Me veis ahora, les dijo, en el caso de recibir el santísimo Viático, pues mi enfermedad es más grave que nunca. Voy, pues, á dejaros; he concluido de anunciaros la palabra de Dios; pero ved aquí el Padre que me reemplazará cerca de vosotros: escuchadle. He pasado mi vida enseñándoos esta palabra divina, pero no todos la han recibido como debieran. Les perdono el pesar que me han causado, como tambien pido perdon á todos por la pena que hubiere podido darles en ciertas circunstancias.

«Dichas estas palabras, el enfermo se recogió breves instantes, y recibió con piedad conmovedora los sacramentos de Eucaristía y Extremaunción. En el momento en que salíamos para volver á la iglesia, salió afectuosamente de sus labios la invocacion: *O salutaris Hostia*, y la multitud continuó el santo himno comenzado por el Padre... Las lágrimas humedecían todos los ojos. Nuestro querido enfermo sufría muchísimo, y continuamente pedía aire. Los indígenas van espontáneamente á cortar árboles en el bosque y los plantan frente nuestra casa, á fin de procurarle un poco de sombra y de frescor. Bástales un signo á nuestros neófitos para comprender lo que aquel desea. Uno sostiene con la mano la cabeza del moribundo; otro agita al rededor del lecho un abanico; en todas las aberturas del aposento se balancean sin intermision hojas de cocotero con objeto de establecer una corriente de aire, y una numerosa guardia ambiciona el consuelo de prestar sus desvelos noche y día.

«La enfermedad iba agravándose por momentos. El sábado lo pasó muy mal, y el domingo al terminar yo el santo Sacrificio vinieron á buscarme á toda prisa: una nueva crisis hacia presagiar un fatal y próximo desenlace. Al ruido de mis pasos reanimóse el moribundo, y dirigió la palabra á un anciano que estaba arrodillado á los piés de su lecho.

«Esto era el preludio de la tierna escena que entonces

iba á tener lugar, y cuyo recuerdo nunca se borrará en cuantos tuvieron la dicha de presenciársela.

«Viéndome el enfermo á su lado, me dijo:

«—Quedaos aquí, quiero despedirme de todos por última vez.

«Mas, observándose que el jefe Samuel no está entre la multitud, preguntan al Padre si desea la presencia del jefe. A una señal afirmativa, se expide inmediatamente un mensajero.

«Así que Samuel está presente, el apóstol de la isla de los Pinos se despide de cada tribu, y tomando en sus trémulas manos su cruz de misionero, la besa con respeto, y mostrándola á todos, dice:

—Hijos míos, mirad esta cruz, pues mi voz es ahora tan débil que no puedo dirigiros largos discursos. Yo he trabajado ardentemente á fin de grabar en vuestros corazones la palabra de Jesucristo. Mirad, pues, esta cruz, origen de nuestra esperanza, principio y fin de la salvación de los hombres. Esta cruz la hemos plantado en vuestra isla, en la Tierra-Grande y en Maré: haced sabed á los cristianos de estas tribus que me he acordado de ellos antes de morir. Las enseñanzas de Jesucristo, que murió por vosotros en la cruz, os las transmitirá en adelante el misionero á quien designe el Obispo para reemplazarme cerca de vosotros: también os las darán los Hermanos y las Religiosas: escuchadles, y por vuestra parte mostraos solícitos en observar la palabra divina.

«Aquí el enfermo acercó de nuevo la cruz á sus labios, y después de besarla repetidas veces, dijo á los jefes:

«—Y vosotros observad fielmente la ley de Dios: propagadla y protegédla en nuestra isla contra todos los que quisieran hacérsela olvidar.

«Luego dirigiéndose al Hermano, á la Religiosa y á mí nos alentó á continuar la obra á la que había consagrado su existencia entera.

«Cuando concluyó de hablar besó de nuevo la cruz, é invitó á todos los asistentes á que la besaran; y la cruz del misionero moribundo pasó de mano en mano, no sin ser humedecida por las lágrimas de los asistentes. Hortensia (la mujer del jefe) no había podido venir á causa de una dolencia, y Samuel vino á pedirme la cruz para llevársela, lo cual le fué concedido: otros muchos solicitaron después el mismo favor.

«Después de este supremo esfuerzo, nuestro querido moribundo cayó en una dolorosa agonía que duró tres días y que en los designios de Dios fué tal vez su purgatorio.

«Por fin, á las ocho de la mañana del 21 de Diciembre se durmió apaciblemente en el Señor, después de recibir la última absolución.

«Por todas partes se oyeron gritos y sollozos: toda la población vestida de luto visitó al difunto, á quien vestimos los hábitos sacerdotales. A los funerales que celebramos el día siguiente concurrió la isla entera.»

El P. Goujon nació en Seyssel (Ain), el 10 de Mayo de 1822, fué ordenado sacerdote el 20 de Julio de 1845, y entró el 6 de Agosto en el noviciado de los Padres Maristas: á principios de Setiembre de 1847 fué designado para las Misiones de Oceanía, y llegó á la isla de los Pinos el 12 de Agosto de 1848.



INDOSTAN.

Carta del Rdo. Pedro Correc, misionero en el Mayssur.

Mysore, 10 de Mayo de 1882.



UÁNTAS cosas tuviera que escribir si quisiera dar un minucioso relato del viaje último que he tenido el honor de hacer en compañía del ilustrísimo Coadou! Además de los recuerdos históricos y arqueológicos que pudieran proporcionarme Seringapatam, el palacio y el sepulcro de Tipoo Sultan, aliado de la república del 93, ciudadano francés que se caló el gorro frigio, gobernó como un tirano y murió como un héroe, tendría los recuerdos religiosos de Gandjam, en donde vi por vez primera cómo se conducían los cristianos para honrar á su obispo cuando vino á visitarlos. Mas prefiero hablaros de las fiestas de Mysore con ocasión de la llegada del Vicario apostólico.

Con frecuencia he sido testigo de las recepciones de obispos en Bretaña, donde las solemnidades religiosas pueden todavía desplegarse en todo su esplendor, considerándose la presencia del jefe de la diócesis, y con razón, como una bendición y una gloria. No obstante, comparando todo lo mejor que he visto en mi país natal, me veo obligado á decir: «¡Era mucho más bello en Mysore; sí, mucho más bello!»

Los cristianos habían anunciado por todas partes la llegada del «gran Guru (el gran sacerdote), uno de los jefes de nuestra Religión, decían á los paganos, el padre de los cristianos del reino, el enviado de Dios y del Papa.» La noticia circuló con suma rapidez, y el pueblo acudió presuroso para enterarse de los preparativos. Hasta los paganos contribuyeron con su óbolo, seguros de que, si participaban de los honores de la recepción, participarían también de las bendiciones que el gran Guru iba á conceder á sus familias. Vos sabéis ya, por haberlo visto de cerca, cuán sensible es el pueblo de la India á las manifestaciones exteriores.

Con objeto de dar aún mayor realce á la entrada de Su Ilustrísima, el P. Neveu, encargado del distrito del Mysore, pidió al palacio un coche del rey y la música militar. Esto era el Mamul, esto es la costumbre, como la había establecido el antiguo Rajah: la petición fué concedida.

Partimos de Gandjam á las cuatro de la tarde, hora en que el calor cede algo de su fuerza. Nuestros bueyes sudaban y no podían ya más cuando llegámos al *chatram* (habitación) de los brahmas y al templo pagano, situado á la mitad del camino de Gandjam á Mysore. Allí encontramos el magnífico carruaje del rey, al que había uncidos dos magníficos caballos ingleses. El Ilmo. Coadou, el P. Jacquemin y vuestro servidor partimos «rápidos como el viento de la montaña.» A nuestro paso los cocheros y los pastores apartan respetuosamente, aquellos sus vehículos y éstos sus ganados, reconociendo la librea del palacio.

De repente se oye un cañonazo y rompe en alegre tocata la música militar: hemos llegado al término del viaje. Mientras que encienden los fuegos de Bengala y las antorchas, S. I. se reviste de los ornamentos pontificales y se coloca bajo palio con el diácono y subdiácono revestidos con dalmáticas. No os describiré esas largas hileras de pueblo y bien ordenadas, cosa inaudita en las

procesiones de la India. Callaré asimismo acerca el efecto que producian las antorchas y fuegos de Bengala en los miles de personas agrupadas á lo largo de esta via verdaderamente triunfal. Pero no puedo pasar en silencio que experimenté emocion vivísima oyendo que la música tocaba el *Canto de la partida de los misioneros* y el *Canto de los mártires*, esas dos bellas composiciones de Gounod para nuestro seminario de París.

Mas hé aquí que lucen las antorchas y flotan los estandartes entre brillantes inscripciones. Es el inmenso arco de triunfo levantado cerca de la iglesia, cúpula soberbia cuyo remate, coronado de luces, eleva hácia el cielo un reflejo de los esplendores de nuestra fe. Este monumento, pues merecia verdaderamente el nombre de tal, era obra de un pária. Sin que nunca hubiese aprendido de dibujo, al primer rumor de la llegada del Obispo concibió y trazó el plan, y el P. Neveu se limitó á dirigir la obra. Y ¿qué diré de las inscripciones? Las habia en latin: *Deus est unus*;—*Deus est trinus*;—*Ecce sacerdos magnus*;—*Sacerdos et Pontifex*;—*Benedictus qui venit in nomine Domini*! También las habia en francés, inglés, tamul, canara y sanscrito: «¡Dios y las almas!—¡Hasta el martirio!—¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»

Por último entrámos en la iglesia, donde S. I. dió la bendicion con el santísimo Sacramento. Luego, para conformarse á las prescripciones del ceremonial, que dispone que los obispos prediquen al pueblo cuando hacen una entrada solemne, y también para corresponder á los votos de su celo apostólico, excitado por la vista de la multitud pagana, el Prelado quiso hablar. Pero esto no era fácil en un recinto tan estrecho como el de la iglesia de Mysore; pues mientras las pagodas y mezquitas levantan atrevidamente su arquitectura, el templo del verdadero Dios, sin apariencia exterior, no ofrece á sus adoradores sino un asilo angosto y pobre. Gracias al cielo, el número de los cristianos se multiplica en esta ciudad. Cada semana es señalada por nuevas conversiones, y ya falta espacio para los niños en la casa del Padre. Por lo demás, aunque hubiésemos tenido á nuestra disposicion una de las mayores iglesias de Europa, hubiera sido insuficiente para contener al pueblo, que llenaba la plaza de la iglesia y las calles inmediatas.

Habiéndolo previsto el P. Neveu, mandó construir á la entrada de su morada, frente de la iglesia y de la multitud, una doble escalera que conducia á la plataforma de su casa. No tengo necesidad de deciros que las luces, los adornos artísticos, las tiras de papel rojo, azul, verde y dorado, en una palabra, todo lo que gusta al indo, era generosamente prodigado. En lo más alto de la casa se levantaba un dosel, bajo el que tomó asiento S. I.

El P. Neveu dijo entonces en alta voz:

—¡Silencio! el gran Guru va á hablaros antes de concederos su bendicion.

A estas palabras sucedió un profundo silencio, y la voz del Pontífice resonó en la calma de la tarde, llena de esta elocuencia fecunda que parte del corazon y al corazon se dirige directamente. Habia allí no más que algunos centenares de cristianos: en torno de ellos agrupábanse millares de paganos y turcos, y sin embargo no se percibia el menor ruido. Cuando para terminar la fiesta, S. I., de pié entre el diácono y el subdiácono, dió la

bendicion pontifical, vimos caer los turbantes, inclinarse las frentes y doblarse las rodillas. Parecia dominar en aquella inmensa multitud el respeto á nuestra santa Religion. La impresion producida fué tan profunda, que, con sumo gozo de los cristianos, los turcos y paganos no cesaban de repetir:

—¡Las solemnidades del culto católico son más bellas que las nuestras!

Los dias siguientes lo fueron de paz y de oraciones. Los que debian recibir la primera Comunión y la Confirmacion continuaron su retiro, y el domingo, 30 de Abril, S. I. distribuyó el Pan de los Angeles á más de 300 personas y confirmó á 100 y tantas. Nuestros cristianos estaban contentísimos de poder asistir á una misa pontifical, y no menos nosotros viéndoles tan piadosos y fervientes. El P. Pagani, superior de los Jesuitas de la Mision de Mangalore, dijo que el espectáculo de la fe de aquellos cristianos le habia convertido en el sentido de que nada bueno se podia obtener de los párias.

Siguieron las recepciones. La música militar, compuesta toda de católicos, se presentó solemnemente. Los pobres reunidos en cuerpo, las familias cristianas agrupadas en torno de sus jefes, vinieron por turno á posttrarse á los piés del Obispo. Cada jefe de casa deseaba recibir una bendicion particular para él y los suyos. Hasta los paganos acudieron, y S. I. tuvo el consuelo de decidir á gran número de ellos á que abrazasen nuestra santa Religion. Cada uno traia un pequeño presente de bananas, nueces y hojas de betel. Cada cuerpo particular, aún el de los pobres, iba precedido de algunos instrumentos de música india que más fatigan que recrean el oído. Para probaros este aserto no tengo necesidad de hacer una larga descripción de los instrumentos del país. Vos los conocéis mejor que yo. Sin embargo, permitidme que os haga mencion de uno que ha conmovido particularmente al Ilmo. Coadou. Me refiero al *biniu*.

Este es el instrumento predilecto de los bretones, su instrumento nacional, pues la bombarda y el tamboril que regularmente le acompañan son de todos los países. ¡El *biniu*! Se le encuentra en los bautizos y en las bodas: sin él no hay fiesta alguna. Su nota plañidera y tierna encanta al labrador en el campo y al marino en la mar. El que lo tocaba en Mysore podia ser contado entre los más grandes artistas en Bretaña; era el mismo jefe de la música indígena del rey, llamada *banda carnática*.

A pesar de la extension de mi carta, no quisiera pasar en silencio las danzas y los cantos ejecutados por los discípulos de las escuelas tamules y canaratas. Era cosa de ver á esos jóvenes indos saltando con palillos en las manos, y en los piés sonoros cascabeles. Los pasos más delicados y los más atrevidos saltos parecia serles naturales, tanta era la agilidad y destreza que desplegaban.

Ahora oid su canto: es la traduccion todo lo exacta posible de un himno canarat, compuesto por el maestro de escuela con ocasion de la visita de S. I. Hemos guardado hasta tal punto el respeto al original, que reproduciremos hasta sus defectos. Oid; es un niño quien habla:

Prólogo.

«Muy sabio es, oh Dios mio, quien humilla su razon ante Ti, sometiendo á la fe su vanidoso saber en una

oracion humilde, y clama á Ti con candoroso corazon: «¡Padre mio!» Sabio es, oh Dios mio, aquel que adorándote se postra de rodillas pronunciando el nombre tres veces santo de la Virgen y exclamando: «¡Soy un misero pecador; piedad, piedad, Maria!»

I.

«Oh amado Pastor nuestro, nosotros tambien queremos, aunque somos niños cuya alma está toda en flor, derramar perfumes á los piés de nuestro padre, y decirte: «Te amamos, pues vemos en tí á aquel que hablándonos nos reveló tu fe, ese Dios en quien creen los cristianos y en quien nuestra alma espera.»

II.

«Sí, como nuestros mayores nos acercamos á vos; tambien como ellos nos arrodillamos gozosos: nos acercamos más y más, pues no tenemos temor alguno. Somos ¡ay! tan pequeños, que el más grande de todos puede apenas con la frente tocar las perlas de oro que, como emblemas de virtud, brillan en tu sagrado pecho!...

III.

«Así como en los cielos cuando el sol se levanta espléndido en el umbral del Oriente, huye la oscuridad ante las luces de la aurora; apareció el gran Sacerdote, y se borró el vano brillo del culto pagano, y el nombre cristiano hace estremecer de júbilo en Mysore todos los corazones.

IV.

«¡Alabanza, honor y gloria al Redentor divino que, coronando tu frente con un rayo de esplendor, te hizo poderoso y grande entre los demás hombres!... A tu voz es dócil el mismo cielo, se derrama la gracia, y, tocados por tus dedos, á pesar de nuestra debilidad nos convertimos en esforzados.

V.

«¡Venid los que buscáis el nombre del Omnipotente! Él os dirá el de Aquel que sacó de la nada los seres é hizo surgir los astros y los mundos; cómo vino el Verbo divino, nació de una Virgen, rescató el universo del imperio de la muerte y disipó las profundas tinieblas del pecado...

VI.

«¡Ojalá, oh Pastor, vivais largo tiempo por nosotros! Y cuando nuestras frentes, encorvadas ante vos por los años, desfallecerán como árbol que cae, podais con fuerte brazo extender vuestra cruz sobre los ancianos de entonces, los niños de otro tiempo, y plantarla gozoso al borde de nuestra tumba!

Epílogo.

«A Aquella cuyo seno como preciosísimo tabernáculo encerró en el amor ese augusto Tesoro que prodigó el Cielo para rescate del mundo; á Aquella cuyo pié celeste y virginal quebrantó la cabeza de la infernal serpiente, rechazándole vencido en el clamoroso abismo; á María, purísimo astro cuya suave claridad brilla para consolar

á la misera humanidad; á la Madre de Dios, cuyo castísimo regazo mecía el sueño de Jesús Niño, como un ondeante lago que se levanta é inclina suavemente bajo el peso del nenúfar de plata, alabanza, gloria y amor por los siglos de los siglos! Que los bienaventurados habitantes de las moradas eternas, mezclando sus santos transportes á nuestros humildes homenajes, repitan con nosotros: «¡Alabanza, gloria y amor!» Y que este día bendito que te concede el Cielo, sea el de tu salvacion, oh ciudad de Mysore!»

Despues de algunos dias de fiesta y de descanso, S. I. visitó á *French-Rocs* (peñas de los franceses) antes de volver á Bangalore. Acompañé tambien á S. I. en esta visita. Mucho tengo que decirlos acerca de ella, pero prefiero guardarlo para otro día. Por hoy me limito á manifestaros que allí se acentúa cada vez más el movimiento de conversiones á nuestra santa fe. Con la gracia de Dios, la proteccion de María, y el auxilio de las oraciones y limosnas de las almas buenas de Europa, podrán realizarse en un próximo porvenir las bellas esperanzas que nos hacen concebir estos países. Es preciso encontrarse en Mision para saber cuánto consuela y fortalece la esperanza.

MANDCHURIA.

Los periódicos ingleses han publicado la noticia de un atentado de que ha sido víctima el Rdo. Conraux, de las Misiones extranjeras de París. Del mismo teatro del crimen acabamos de recibir los detalles de este asunto y nos apresuramos á publicarlos.



A ciudad de Hu-lan está situada al Norte de la Mandchuria, en la provincia de Hei-lun-kiang (provincia del Amor). En su origen sólo era una plaza de guerra habitada por los tártaros mandchures y gobernada por mandarines militares. De muchos años á esta parte el grueso de la emigracion china se dirige hácia estas comarcas del Norte del Celeste Imperio, hasta entonces casi inhabitadas: la fertilidad de su suelo provee suficientemente á las necesidades del gran número de inmigrantes á quienes el hambre arroja cada año del Pe-tche-ly, del Chan-tong y de las otras provincias colindantes.

Lejos de su país, al abrigo de las mil vejaciones que su conversion al Cristianismo no dejaria de acarrearle aún en su familia, el chino se muestra en general más accesible á la verdad y aún dispuesto á abrazarla. En Hu-lan especialmente la poblacion parece muy bien dispuesta para recibir con fruto la semilla del Evangelio. Así es que para corresponder á los votos de los catecúmenos y favorecer el movimiento hácia nuestra santa religion, los misioneros hace mucho tiempo que deseaban ardientemente establecerse en aquella ciudad y convertirla en un centro de accion.

Pero en la China hay que contar con las autoridades locales, tan hostiles por lo comun á los europeos en general y á los misioneros en particular. Bajo este concepto los mandarines de Hu-lan se han mostrado siempre inexorables. En 1878 el Rdo. Noirjean lo experimentó por primera vez, pues habiendo ido á aquella ciudad á pedir justicia en favor de sus cristianos perseguidos, fué agobiado de golpes y ultrajes por Hui-an, primer man-

darin, quien en tal circunstancia quiso llenar por si mismo el oficio de verdugo (1).

Un atentado semejante acaba de cometerse en la misma ciudad en la persona de otro misionero. Como el primero, hay que contarle en el activo de los mandarines de la ciudad. Véase con qué motivo.

En un viaje que el Ilmo. Dubail, vicario apostólico de la Mandchuria, hizo dos años há á esta parte de su inmenso vicariato, el Prelado pudo convencerse de las buenas disposiciones de la poblacion de la comarca y de la ciudad de Hu-lan en particular. Confiando además en las demostraciones de respeto y benevolencia que le prodigaron los mandarines, especialmente los sucesores de Hui-an, el venerable Obispo creyó llegado el momento de llevar á cabo su proyecto, largo tiempo concebido, de establecerse definitivamente en esta ciudad, como le au-

torizaban los tratados. La Mision compró, pues, un terreno en su propio nombre, y tomó posesion de él, disponiéndose á levantar un modesto oratorio con una residencia para los misioneros.

Pero esto no era del gusto del primer mandarin militar, llamado Puo, que se esforzó por persuadir á los misioneros á que renunciassen á su proyecto, y no habiéndolo logrado, resolvió tomar medidas más eficaces. Ordenó arrestar á dos de los vendedores del terreno, pues el tercero se habia puesto en salvo con la fuga, y les hizo poner en prision á fin de obligarles á devolver el dinero que habian recibido de los misioneros y romper el contrato, amenazándoles, en caso contrario, con expulsarles del terreno que todavía les quedaba y de hacerles sufrir toda suerte de malos tratamientos.

A esta noticia los misioneros deputaron á uno de en-



PATNA (Indostan). — Vista parcial de Cawnpore. (Pág. 475).

tre ellos, el Rdo. Conraux, para seguir este asunto y obtener la libertad de los dos prisioneros. A su llegada en la ciudad se instaló en una casa edificada en el terreno en litigio, compuesta de dos pequeñas piezas sirviendo de escuela para los niños de los neófitos.

El 4 de Junio el Rdo. Conraux entró en relaciones con el mandarin, quien en el intervalo se habia asegurado el concurso de los antiguos poseedores del terreno.

—Rehusando éstos el consentimiento, decia el Futan-tung, el contrato habido con los presos es enteramente nulo.

(1) Este mandarin, que tenia el grado de coronel, no tardó en ser alcanzado por la justicia de Dios: temiendo una desgracia fué presa de la desesperacion, trató varias veces de darse la muerte, y por fin consiguió burlar la vigilancia de los que le guardaban, y fué á arrojar-se al rio que cruza la ciudad de Hu-lan.

El mandarin quiso ver además si los títulos de los primeros adquirentes concordaba con el duplicado que se encontraba en poder de los antiguos propietarios. El misionero envió al mandarin las piezas pedidas, y se encontraron conformes. Viéndose contrariado en este punto, el mandarin, para desentenderse, aparentó aconsejar á los primeros poseedores á que desistiesen de sus pretensiones, pero amedrentados todos y sabiendo de sobras cuál era la intencion de aquel jefe, se guardaron bien de consentir en ello.

Continuaron las negociaciones durante muchos dias, hasta que el mandarin se declaró incompetente y exhortó á las partes á que recurriesen á un tribunal superior. Esto es la que el misionero habia hecho ya, no habiendo aún obtenido respuesta á su peticion. Mientras se hacian

estas diligencias, los vendedores sufrieron toda especie de malos tratos y tramábase en el *yamen* la conspiración cuyos detalles vamos á referir.

A las seis de la tarde del día 15 de Junio, al disponerse á salir de su habitación el Rdo. Conraux, vió una multitud de bandidos armados que desembocaban en la calle dando espantosos gritos. Nuestro compañero les reconoció como soldados por sus vestidos de color gris, aunque no llevaban insignias, ni sus jefes el glóbulo. Aquellos energúmenos derribaron la puerta é invadieron la casa del misionero, que estaba solo con su doméstico, que preparaba la cena. Un individuo se presenta en la entrada y saluda al Rdo. Conraux, quien le pregunta qué significa todo aquello. Antes que su visitante tuviese tiempo de responderle, los soldados penetran en el interior por las puertas y ventanas que han roto, y se arrojan sobre el misionero dándole de puñadas y palos, acosándole contra un mueble que servía de altar. En este mueble había un revólver cargado, y temiendo que sus atropelladores se apoderasen de esta arma mortífera y la usasen contra él, nuestro compañero quiso descargarla al aire. Los bandidos le rodean al momento por todos lados y le sujetan, y en esta obstinada lucha partió un tiro, hiriendo á uno de los malvados.

El furor de éstos no tiene entonces límites, redoblan los golpes y descargan sobre el Rdo. Conraux el revólver que le arrebatan de las manos, y cuando el misionero pierde el conocimiento le pasan una cuerda al cuello y le arrastran hasta el patio, en donde le atan manos y piés, continuando los verdugos golpeando sin cesar á su víctima tendida en el suelo. Por fin traen una carreta, en la cual sujetan al misionero por el cuello y los piés. Sobre el vehículo se encontraba ya el maestro de escuela Hoang-tse-han, que al oír el tumulto salió de la clase y había compartido los malos tratos del Padre.

Entonces empieza la vía dolorosa de la víctima, cuya sangre riega el camino. El carro, rodeado de verdugos orgullosos de su captura, toma la dirección del río por la calle principal de Hu-lan, que tiene próximamente una legua de longitud: los hombres del pretorio y los soldados, únicos actores en tan horrible drama, no cesan de gritar: «¡Al agua, al agua!» En este instante, recordando el conocimiento, el Rdo. Conraux advirtió que corría la sangre en abundancia de una herida en la pierna. Sólo hasta el día siguiente se comprendió la gravedad de la herida: la pierna izquierda estaba atravesada por una bala. Nuestro compañero no pudo precisar con exactitud en qué instante había sido agobiado de golpes y perdió el conocimiento.

Entre tanto el carro avanzaba lentamente en medio de la multitud silenciosa y aterrorizada. Cada soldado iba por turno á dar un bofetón y escupir al rostro de la pobre víctima. Si se encontraba un individuo de las banderas (ki-jen (1)), detenían la carreta y le invitaban á tomar parte en tan horrible drama, renovándose entonces las puñadas y salivazos.

¿Qué hacía, pues, la primera autoridad de la población mientras los soldados asesinaban de este modo á un misionero, á un europeo? Ni mandarin ni ninguno de sus subalternos aparecieron para impedir un crimen.

Al llegar al río detuviéronse un momento, pero uno

de los directores hizo señal al carretero para que tomase otra dirección. El Rdo. Conraux, que conservaba algún conocimiento, viéndose libre de que le echaran al agua, creyó que lo conducían al lugar del suplicio para cortarle la cabeza; pero, contra su esperanza, le llevaron al pretorio, al extremo opuesto de la ciudad. Este largo trayecto fué acompañado de las mismas afrentas y contumelias.

Anochece ya cuando el triste cortejo hizo su entrada en el pretorio. Tocóse el cuerno marino en los distintos barrios de la ciudad á fin de reunir á los soldados, que vinieron en multitud á rodear el pretorio y la habitación del primer mandarin, que está al lado. Temían ó deseaban una sublevación de los pocos neófitos dispersos en la ciudad. Mas ¡ay! estas pobres gentes, sobrecogidas de terror, no pensaban entonces en otra cosa que en huir ú ocultarse.

En el patio del pretorio y en el mismo tribunal del Fu-tan-tung, nuestras dos queridas víctimas permanecieron atadas en la carreta, y entregadas hasta media noche sin defensa á todas las brutalidades de una soldadesca delirante.

El Rdo. Conraux al entrar en el tribunal vió y reconoció perfectamente entre los asesinos al mandarin del glóbulo azul, U-eul-king-eu, vulgarmente llamado U-pai-mao, á causa de sus cabellos grises. Fumaba con pipa y gozabase con el éxito de sus maquinaciones. En aquel momento llevaba descubierta la cabeza. Más tarde advirtió también á otros mandarines que llevaban el glóbulo, pero no pudo reconocerlos.

Durante estas prolongadas horas de agonía el misionero sufrió todo lo imaginable. Cada objeto se convertía en instrumento de tortura entre las manos de los verdugos: palos, abanicos, pipas y tablas de la carreta cubrían de contusiones el cuerpo de la víctima. Sus infames enemigos le hundían los dedos en los ojos para arrancárselos. Los párpados, entumecidos y negros, llevarán de esto por mucho tiempo las señales. Los piés, la pierna, el brazo y el hombro izquierdo están aún cubiertos de anchas equimosis negras y amarillas.

La nariz, la frente y la cabeza vertían sangre por gran número de heridas. En seguida tuvo cubierta la cara de salivazos, de tierra, de sangre y polvo de tabaco que le echaban en los ojos y en la boca.

Cometiéronse todas las ignominias imaginables, y aunque me horrorizo al describirlas, no puedo menos de hacerlas constar aquí. Constantemente sujeto á aquella horrible carreta por el cuello y los piés, fué despojado de sus vestidos. Entre los verdugos unos le golpeaban sin piedad, y por un refinamiento de crueldad especialmente en la llaga abierta de la pierna izquierda; otros se acercaban con pipas encendidas y le quemaban el vientre. Una sed ardiente devoraba á la víctima, que pidió un poco de agua; inmediatamente inundaron su rostro de orina. Unos le arrancaban los cabellos; otros tiraban fuertemente de la cuerda que fijaba su cuello á la carreta, faltando poco para estrangularle, etc., etc. ¡Cuántas veces el respetable Rdo. Conraux perdió el conocimiento durante esta lúgubre tragedia que duró tantas horas!

Voy á terminar empero el relato de estos horrores, que continuaron hasta media noche. Pregunto aún, ¿qué hacía el Fu-tan-tung Puo mientras que se torturaba en

(1) Soldado manchur.

su propio tribunal, y por decirlo así á sus ojos, á un misionero católico?

El Rdo. Conraux no exhaló un quejido durante esta prolongada agonía. Sólo una vez, me dice, escapóse un grito de su garganta, cuando sintió que sus ojos iban á saltar de sus órbitas bajo los dedos de los verdugos que querian arrancárselos.

Cuando estaba en posesion de sí mismo daba gracias á Nuestro Señor porque podia sufrir por su nombre, y le suplicaba perdonase á sus verdugos, ofreciendo sus padecimientos por la salvacion de los habitantes de Hu-lan.

Era media noche cuando el venerable sacerdote y el maestro de escuela fueron descendidos de la carreta. Nuestro querido compañero, llevado por dos hombres, fué introducido ante un sanedrin compuesto de ocho mandarines con los glóbulos blancos y azules.

El famoso mandarin U-eul-king-eu presidia ese tribunal de asesinos. El Rdo. Conraux, con las manos constantemente atadas á la espalda, fué colocado en un banco, entre dos satélites que le sostenian. Su boca, llena de sangre, tierra y polvo de tabaco, no podia proferir una palabra. Acercaron un poco de agua á sus labios, limpióse la boca, y pudo responder algunas palabras á las muchas preguntas que se le hicieron. No se acuerda de los varios incidentes de este pretendido interrogatorio, que se prolongó hasta la aurora, pues perdió varias veces el conocimiento mientras sus verdugos le agobiaban de preguntas. Se hizo un exámen irrisorio de sus llagas, desatóronle las manos para hacerle firmar un documento que se presentó como resúmen fiel de sus deposiciones, y al salir el sol fué colocado en una carreta.

Abria la marcha el famoso mandarin U-eul-Kiang-eu, acompañado de satélites. Así fué el Rdo. Conraux restituido á la morada en que la víspera habia tenido lugar el ataque. Pero todo estaba roto en ella, y no tenia ya puerta ni ventanas. Una familia pagana tuvo la caridad de recibir á nuestro querido amigo. ¡Que el Señor se lo pague en gracias de conversion y de salud!

Segun manifesté ya, el pueblo de Hu-lan lejos de sernos hostil desea nuestra presencia. Buen número de paganos acudieron á visitar al misionero despues de su libertad, manifestando el horror que les inspiraba semejante crimen. Ese drama sangriento fué obra de los mandarines y de sus soldados. Ellos solos son los verdaderos culpables.

Una correspondencia del *North-China Herald* anuncia á última hora que el Rdo. Conraux se encuentra en estado bastante satisfactorio, y que hay esperanzas de salvarle.

«Es preciso, escribe el corresponsal, que este misionero sea de constitucion robustisima para que pueda sobrevivir al mal trato que sufrió. Las indignidades que tuvo que soportar son mayores aún de lo que he referido, pues hay cosas que la pluma parece se resiste á relatar... Es indispensable que se obre con vigor en este asunto, pues al presente se hace imposible vivir en el interior. El menor aliento que los mandarines diesen á la soldadesca de que está llena esta provincia, bastaria para poner en gran peligro la vida de todos los europeos. En cierto sentido es feliz circunstancia que el hombre que cayó atacando al Rdo. Conraux fuese un soldado,

un pequeño mandarin con glóbulo de cobre, pues esta es la prueba más evidente de que personajes oficiales y no meramente ladrones están comprometidos en este asunto...»

Por su parte el Rdo. Raguit, misionero de Mandchuria, escribe al Ilmo. Dubail, detenido lejos de su Mision por una dolorosa enfermedad:

«Perded todo cuidado respecto á nuestro querido reverendo Conraux. La única herida que costará curar es la de la pierna, producida por la bala de una arma de fuego. Pongo á contribucion mi corta ciencia de enfermero de las ambulancias para limpiar y cuidar esta llaga. Por desdicha casi todo me falta, lienzos, medicinas, instrumentos!...

«La voz pública en Pa-ien-su condena abiertamente la innoble conducta de los mandarines de Hu-lan. Ponemos nuestra causa en las manos de Dios. De su resultado depende la ruina ó la prosperidad de nuestro infortunado Hei-lun-kiang...

«¡Ay! me ha escapado la ocasion: sin un negocio importante que me retuvo en Pa-ien-su, hubiera llegado precisamente á Hu-lan en la tarde del 15 para tomar parte en la fiesta. Dios no me ha juzgado digno de ello. El gran número de contusiones que cubren el cuerpo de nuestro amigo desaparecen paulatinamente. Ciertamente sufre aún muchísimo, pero de vez en cuando puede descansar, y advierto sensible mejora en su estado. Sin protection especial de Dios, nuestro querido confesor de la fe habia de morir á los golpes que recibió. Por el momento gozamos de la paz, ó mejor de la tranquilidad relativa que nos procura el estupor de nuestros enemigos despues de un acto tan ruidoso. ¡Todo sea por Dios! por nuestra parte estamos firmemente resueltos á morir en nuestro puesto si tal es su voluntad.»

Finalmente publicamos algunos extractos de una carta que el mismo Rdo. Conraux ha podido escribir á su venerable Obispo, y que el Ilmo. Dubail se ha dignado comunicarnos. No hemos podido leer sin verdadera emocion los detalles que da el generoso misionero acerca los sentimientos que le animaban en medio de los ultrajes y de las torturas que le infligieron.

«14 de Agosto.

«Ilustrísimo señor: Quiero escribiros siquiera breves líneas á fin de tranquilizaros acerca mi estado. Mis heridas están en buen camino de curacion. No tengo ya fiebre, y duermo bastante bien. Cuando en Pa-ien-su ha circulado la noticia de lo sucedido, la conmocion ha sido considerable, habiéndose declarado á la ciudad en estado de sitio por temerse un levantamiento de los cristianos. Además, corrió el rumor de que el coronel habia expedido orden de arresto contra los Rdos. Raguit y Riffard.

«Mucho pensé en V. I. durante mi larga procesion hasta el Hu-lan-heu, pues me figuraba cuál seria vuestro dolor al saber mi muerte.

«¡Ay! no era yo digno de morir. Sin embargo, estaba persuadido de que no escaparia, y me consideraba feliz.

«Todo el dia lo habia pasado en el mayor contento. El asunto del terreno se habia terminado amigablemente, y el 12 de Junio hice voto de dedicar la residencia, el oratorio y todo el distrito al sagrado Corazon de Jesús. Despues de una novena á este adorable Corazon

todo iba á pedir de boca: estaba yo admirado. A las seis concluí el rezo del breviario, é iba á rezar el Rosario aguardando la cena, que confiaba compartir con el reverendo Raguit, quien hacia dos dias debia venir á unírseme, cuando aquellos miserables invadieron la casa. Al pronto, lo confieso, temí la muerte, por la idea de que no tuviese tiempo de hacer un acto de contrición: por este motivo procuré descargar mi revólver, á fin de evitar que se sirvieran de él contra mí... Puesto en el carro, hice que Hoang se preparase á morir, y yo me dispuse también lo mejor que pude. Estaba muy tranquilo. Me pareció que no me hacían sufrir con exceso, y no me quejé de los golpes y salivazos de que me cubrieron el rostro.

«El dolor sólo me arrancó dos gritos: fué en el tribunal cuando quisieron arrancarme los ojos, y cuando me despojaron de mis vestidos.

«En breve volveré á escribiros, pues me encuentro muy postrado y no puedo servirme de la mano izquierda, en razon á que las ataduras entraron en la carne de las muñecas.

«Dígnese V. I. bendecirme y recomendarme á las oraciones de las almas piadosas y de los bienhechores de la *Propagacion de la fe...*»

CHINA.

Carta del P. Haffel, de la Compañía de Jesús, misionero del Pe-tche-ly Sudeste.

HE experimentado esta mañana dulcísimo consuelo confiriendo el Bautismo á una familia catecúmena, primicias de la nueva cristianidad de Pei-kuo-tchuang.

Este pueblo, llamado también Leang-kia-kuo-tchuang, está situado en el camino de Tchang-ko á Tutcheng, á igual distancia de estas dos localidades. La industria de los habitantes consiste en hacer con paja de mijo papel para embalar. A lo que parece es este un rudo oficio, pero muy lucrativo. Como se aplican á este trabajo en todos los tiempos del año, resulta que la poblacion es bastante honrada y no cuenta muchos ladrones y jugadores, circunstancia que me hace esperar venturosos progresos en el porvenir.

El primero que anunció la buena nueva del Evangelio en Pei-kuo-tchuang es un Mimikiao (sectario, especie de francmason) recientemente convertido, de Sungwangta. Apenas se le instruyó acerca la verdad de la religion cristiana, áun antes de recibir el bautismo fué á comunicar el descubrimiento á su hermana, casada en Pei-kuo-

tchuang. Esta mujer era mimikiao como él, y bastó un momento de reflexion para hacerle comprender que iba por los caminos del error. Habló de ello á su marido, quien guiado por su natural rectitud y alentado por los discursos de su cuñado, quedó en breve persuadido, y toda la familia tomó la resolucion de abrazar el cristianismo.

Esta fué la señal de una extraordinaria conmocion entre los paganos. A la primera noticia de que aquella mujer renunciaba á la secta de los mimikios, su antiguo jefe acudió presuroso á fin de hacerla desistir de su resolucion; pero á Dios gracias todo fué trabajo perdido. Los paganos del pueblo dijeron contra la religion todo lo que les vino á las mientes. Prohibióse á la familia catecúmena el tránsito por las calles y que tomasen agua del pozo comun, llegando á amenazarla que la arrojarían del país.

¡Cuán hermoso espectáculo ver á un hombre y á una mujer, iniciados apenas en las primeras verdades, hacer frente á todo un pueblo! La mujer sobre todo se mostró admirable.

—Vuestras injurias y malos tratamientos, dijo á los paganos, nos hacen poca mella. La religion cristiana es la única verdadera, y la seguiremos á pesar de todos. Respecto á vuestras objeciones, somos aún harto ignorantes para resolverlas todas, puesto que nuestra conversion data de ayer; pero en breve nos enviará el Padre un maestro con objeto de instruirnos, y entonces podréis dirigiros á él.

Al tener noticia de la llegada de un catequista en el pueblo redobló el furor de los paganos, y uno de ellos se atrevió á jurar que rompería las

piernas al primer catequista que se presentase. Fuéme preciso, por lo tanto, obrar con suma prudencia en la eleccion de catequista. Necesitábase un hombre que no se dejase imponer por las amenazas, y que al mismo tiempo fuese sufrido y capaz de apaciguar los ánimos. Nombré como más á propósito para el caso á Ki-iunlung, administrador de la cristiandad de Tchao-eull-tchuang, cuya historia vais á saber en pocas palabras.

Este sujeto en su infancia, en vez de aplicarse al estudio de los libros chinos que le aburrían, ocupóse hasta la edad de diez y nueve años en aprender la esgrima al estilo de la China, y cuando se casó á los veinte años era el terror de las gentes del país, corriendo los mercados de las cercanías para encontrar con quien batirse. Por fortuna la emprendió casi exclusivamente contra los



ILMO. CLAUDIO-MARÍA DUBUIS, obispo de Galveston. (Pág. 476).

ladrones y pícaros. Cuando habia castigado á alguno, iba el dia siguiente á postrarse á sus piés pidiéndole perdon. A la vez no dejaba de hacer hartas supersticiones, y todos los dias quemaba incienso ante los ídolos. Convirtiéndose al cristianismo á la edad de treinta y cinco años. Cuando hubo recibido el bautismo se encerró en su aposento, orando y meditando dia y noche, y releendo incesantemente los libros de la religion. Los paganos, no alcanzándoseles la razon de su cambio, dijeron en alta voz que se habia vuelto loco. Él mismo me confesó, no hace mucho tiempo, que padeció entonces una enfermedad que atribuia á intervencion del demonio. Al cabo de dos ó tres años salió de su retiro, y fué empleado por varios Padres como catequista. Tal es el hombre que envié á Pei-kuo-tchuang.

Al entrar en el pueblo fué en derechura al encuentro de aquel que parecia oponerse con mayor violencia á la religion.

— Amigo mio, le dijo, he sabido que has jurado romper las piernas al primer catequista que se atreviera á venir á predicar la religion cristiana en tu pueblo. Pues bien, hé aquí que vengo á traerte las mias, para ver si puedes rompérmelas. Pero antes advierte bien con quién tienes que habértelas.

Cuando aquel hombre se vió frente á frente de nuestro catequista, cuya reputacion no le era desconocida, toda su cólera se desvaneció en un momento, le dió sus excusas, y escuchóle mientras le explicaba la doctrina. Los otros paganos siguieron poco á poco su ejemplo. Pero lo que contribuyó más que todo á meterles en cintura, fué que este mismo individuo pocos dias despues cayó de un carro, y no habiendo podido levantarse á tiempo, el vehículo le pasó por encima del cuerpo, quedando con ambas piernas aplastadas bajo las ruedas. A la hora en que escribo la presente no está todavía curado de sus heridas. Muchos vieron en este suceso un castigo del cielo por las amenazas que habia proferido.

Poco á poco los paganos vinieron á ver al catequista para oírle hablar de la religion, acudiendo especialmente multitud de niños. Habiéndoles enseñado el catequista á hacer la señal de la cruz, los paganitos cobraron tanta aficion á ella, que durante muchos dias no hicieron otra cosa; lo que observado por un bribon del pueblo, se declaró enemigo de quienquiera se atreviese á poner el pié en la escuela. Los chinos son miedosos, y durante muchos dias sólo visitó al catequista la familia catecúmena. Dios dignóse disipar tambien esta tempestad. El individuo en cuestion era un jugador de los más famosos, que hasta ahora siempre habia ganado; sin embargo, acaba de perder toda su fortuna en un abrir y cerrar de ojos, y todo el mundo hace burla de él.

Yo aún no habia visitado á los nuevos catecúmenos, pues creia que, á lo menos por la primera vez, convenia presentarme ante ellos con un séquito capaz de inspirar respeto á los paganos. Proyectaba uncir dos mulas á mi vehículo, y hacer que me acompañasen varios catequistas letrados á caballo, con la bellota en el sombrero. Mas el hombre propone y Dios dispone. Cierta dia iba yo de Tchang-ko á Tu-cheng por un camino que me era desconocido. Llegué á un pueblo de buena apariencia, con una hilera de casas á cada lado del arroyo, construidas de ladrillo y á la que daban sombra gran número de

buai-chu (especie de acacia china). Me alejaba ya cuando multitud de hombres y muchachos corrieron tras de mi carruaje. Esto me pareció singular, pues era la primera vez en seis años que se ofrecia un caso semejante. Temí algun tumulto por parte de la poblacion pagana amotinada contra mí. Detúveme, y cuando se nos reunió aquella gente, acercáronse con timidez preguntando si era yo el misionero. En seguida me invitaron de parte del catequista Ki-iun-lung á tomar una taza de té. Entonces vi que me encontraba en Pe-kuo-tchuang, pueblo que yo queria evitar. Creí que lo contrario era la voluntad de Dios, y volviendo la brida á mi vieja cabalgadura, que cojeaba de un pié, entré en aquel pueblo, precedido y seguido de toda la poblacion pagana.

Acompañáronme al aposento del catequista, que es el recinto más oscuro y miserable que he visto en la China. La única ventana que tiene es una abertura practicada en la pared del Norte, tapada con papel chino, que da paso á una luz tan débil, que es preciso aguardar bastante tiempo para habituarse á esa semioscuridad antes de poder distinguir los objetos. Al entrar allí fui seguido por toda la multitud. ¿Qué hacer? No podia despedirles por temor de indisponerles, y así tomé el partido de dominar la situacion. Hice entrar á los hombres y niños que cabian en el aposento. Los primeros permanecieron en pié, y los segundos se sentaron en el *kang* (lecho). Ninguno de esos chinos sabia el objeto por que habia venido allí.

Tomé el armonium y toqué primero el aria del *Califa de Bagdad*: no fué preciso más para quedar grandes amigos. La conversacion recayó de *omni re scibili et quibusdam aliis*. Maravilláronse de todo, de mi horquilla y cuchara, de mi reloj, del instrumento de música y de mi barba. Con auxilio del catequista pude hablarles largo tiempo de religion. Tuve encima toda aquella gente desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. Cuando despedia á unos eran inmediatamente reemplazados por otros de un pueblo vecino y á quienes me era imposible poner á la puerta. Todo el mundo queria verme, hablarme y oír mi instrumento. Antes de partir dije algo acerca la oposicion que algunos de ellos habian hecho á la religion, y me suplicaron que lo olvidase todo, pues no sabian entonces que ésta fuese tan buena. Partí por último montado en mi cabalgadura coja, teniendo no poco trabajo en abrirme paso entre la multitud.

Despues de mi partida los visitantes fueron mucho más numerosos en casa del catequista, y algunas familias empezaron á estudiar la doctrina cristiana. Empero la envidia del diablo encontró el medio de sembrar la turbacion.

En una cristiandad vecina un hombre y su mujer perdieron el juicio el dia primero del año chino. La locura de estos dos cristianos consistia en correr de una parte á otra declamando el catecismo, recitando oraciones y haciendo actos de contricion.

Cierta dia que escaparon de la vigilancia de sus guardianes, se dirigieron á los pueblos vecinos. Allí entraron en las pagodas, derribaron á los paganos reunidos para quemar incienso, revolvieron los braseros y quebraron la cabeza á los ídolos. Recientemente el diablo sin duda los condujo á Pei-kuo-tchuang, donde se entregaron á los mismos atropellos. Los malos se aprovecharon de

esto para desacreditar una religion cuyos adeptos, decian, se vuelven locos, y sucedió que los catecúmenos que empezaban á estudiar dejaron los libros, aunque prometieron volver á tomarlos una vez concluidos los trabajos del estío.

Con todo, juzgando que la familia que fué la primera en declararse catecúmena habia sufrido pruebas harto prolongadas y estaba suficientemente instruida, le avisé que se dirigiese á Tchao-en-chuang, á donde iba yo á pasar la fiesta del sagrado Corazon, á fin de que pudiesen recibir la gracia del Bautismo. La alegría de la mujer al recibir esta noticia llegó á su colmo. Por disposicion de la divina Providencia su hermano de Sungwangta fué á verla en Pei-kuo-tchuang, cabalmente en el preciso instante en que ella se disponia á partir con sus tres hijos, y quiso acompañarlos. La madre tomó en brazos al más pequeño, de dos años de edad; el segundo, de cinco, saltó al hombro de su tío, y el mayor, de diez años, corrió ligero delante de todos. La reducida caravana se puso en marcha con un sol tropical y á pesar de un abrasador viento del Mediodía que levantaba inmensos torbellinos de polvo. El marido, que se habia ausentado aquel día, se levantó á media noche por temor de faltar á la ceremonia. ¿No es admirable ver á los chinos tan solícitos, y sobre todo á la mujer andando á pié con sus hijitos la distancia de dos ó tres leguas para buscar la gracia del Bautismo?

Esta mañana ya he bautizado á tan buena familia, y ofrecido al sagrado Corazon de Jesús las primicias de esta Mision. He impuesto á los niños los nombres de Ignacio, Francisco y Estanislao. La madre se llama María. Dignense el dulcísimo Jesús y estos gloriosos Santos proteger la naciente cristiandad y conducirnos en otoño numerosos catecúmenos.

CEYLAN.

El Ilmo. Bonjean, vicario apostólico de Jaffna, nos comunica el siguiente extracto de una relacion del P. Chozmavel, oblat de María Inmaculada, misionero de los budhistas durante muchos años y fundador de la pequeña cristiandad de neófitos budhistas de Talampitia, cerca de Kurunegala.

Estos detalles, dados por un testigo ocular, completan y confirman nuestros estudios acerca el budhismo.



A no es otra cosa el budhismo de los tiempos presentes sino una incoherente mezcla de las creencias vichnuvitas ó brahmánicas. Alabar á Budha, invocar á algunas falsas deidades, practicar multitud de supersticiones diabólicas y ridículas, y visitar el gran templo de Kandy, en esto y no más consiste el culto de un ferviente budhista. Respecto á la moral, para dar una idea del nivel á que ha descendido, baste decir que la poliandria es muy comun en todas las clases, ricas ó pobres, y lo que es más monstruoso aún, la comunidad de mujeres se encuentra con más frecuencia y en cierto modo admitida, entre hermanos, alegando el pretexto de no tener suficientes riquezas para establecerse individualmente. Cierta dia en Talampitia vinieron á encontrarme dos de esos poliandros, y me pidieron el bautismo, añadiendo que su única mujer estaba dispuesta también á hacerse cristiana. Aunque confesaron que su estado no era precisamente muy recomendable, la di-

ficultad de separarse les detuvo, y nunca les he vuelto á ver.

Los sacerdotes budhistas se guardan muy bien de reprehender á los pecadores públicos, por temor de perder su amistad y el socorro de sus limosnas. Por lo demás, nunca predicán ni hacen cosa alguna para propagar su religion. Algunos hay, no obstante, que leen el *Bana* en pali y lo explican á los oyentes, aunque las más de las veces no comprenden tampoco esta lengua. Este *Bana* es una amalgama de toda especie de historias extravagantes, sacadas en parte del brahmismo, y sobre todo de las fábulas en que se refieren las pretendidas generaciones de Budha. Háblase allí en pomposo estilo de los grandes actos de virtud, abnegacion y sabiduría de Budha cuando era mono, zorro, leon, palomo, etc.

Como se ve, esto dista mucho de la pura doctrina tan encomiada de Budha y de su moral trascendental. Lo cierto es que ningun budhista, aun entre los sacerdotes, vive segun las observancias prescritas. Lo hice observar varias veces á los budhistas, y todos confiesan que es imposible conformarse á tales ordenanzas.

—En otro tiempo, me dijo cierto dia un sacerdote, se observaban con toda exactitud estas reglas, pero lo que es ahora son impracticables. Sin embargo, no dejan por eso de mostrar la excelencia de nuestra religion y su superioridad sobre las demás, que *no tienen preceptos tan sublimes y tan difíciles de practicar*.

Tampoco hay que dejarse alucinar por las apariencias puras y austeras de la doctrina budhista. Verdad es que tiene principios y sentencias que aisladamente parecen admirables. Pero el que lo examina todo de cerca, advierte que al lado de cada prohibicion hay un correctivo que permite saltar sobre ella ó por lo menos atenuar singularmente su rigor. Así, prohibese estrictamente el adulterio; mas cuando se comete con el consentimiento de tutores, maridos, padres ó madres, deja para ellos de ser una falta. Las faltas entre personas libres no son objeto de condenacion.

No hay, pues, que maravillarse cuando digo que el carácter de la nacion es la indolencia y la apatía. A esto se añade la más profunda ignorancia y la indiferencia religiosa más completa, así en los monasterios de los bonzos como entre el vulgo. Los budhistas convienen en que todas las doctrinas son buenas, pero que la suya es la mejor porque no dan muerte á las bestias. Si se les aprieta, reconocen que no es posible salvarse en su religion; mas ¡qué les importa! No se cuidan poco ni mucho del porvenir, y no se levantan sobre la materia. A veces los he reunido en número de 40 á 80 para mostrarles los cuadros representando la creacion, la redencion, el cielo y el infierno, pero nada les conmueve: la vista de las penas del infierno, lejos de excitar en ellos sentimientos de compasion y de terror, les hace sonreír, no porque dejen de creer, toda vez que me dicen que su infierno es mucho más terrible que el nuestro, sino por su pesadez de espíritu é insensibilidad. El pensamiento de la muerte tampoco les inmuta en lo más mínimo. Cierta dia encontré á un budhista anciano que sabia, segun me dijo, que despues de su muerte iria al infierno como su padre, puesto que éste al morir exclamó: «¡El diablo me sujeta! ¡no podeis librarme!» Nada ha sido capaz de reducirle. A todas mis instancias contestaba

que yo tenía razón, pero que el diablo no le dejaba en libertad de abrazar nuestra Religión. Después he recibido varias veces á este infeliz anciano, y siempre he obtenido la misma respuesta y falta de prevision.

EGIPTO.

Aunque los acontecimientos que vamos á referir hayan sido el preludio de una guerra terminada al presente, nuestros lectores seguirán con interés esta relacion verdaderamente dramática de uno de los episodios más conmovedores que señalaron el bombardeo de Alejandria. Recordaremos de paso que el P. Dianous es hermano del infortunado subteniente de Dianous, una de las víctimas de la expedicion Flatters en el Sahara.

Diario del P. Dianous, de la Compañía de Jesús.

DESPUES de los sucesos del 11 de Junio en Alejandria el pánico había tomado proporciones extraordinarias: la poblacion europea huía en masa y llenaba los buques que enviaron los Gobiernos para recibir á sus nacionales. Fué en verdad una desdicha el que todos los europeos abandonaran el Egipto: de este modo han perdido su prestigio con los indígenas, dándoles mayor audacia para cumplir su obra de devastacion.

Por lo demás, nos parecia no haber razón alguna para huir: despues del 11 de Junio el ejército egipcio fué encargado de la policía de la ciudad, lo que cumplió con general satisfaccion. Una Comision, formada de europeos y de indígenas, hacia varias pesquisas, y ya las cárceles rebosaban de culpables á quienes se prendía todos los dias, y los trabajos de la Comision vivamente impulsados daban á conocer que se haría perfecta justicia. Circulaban rumores de bombardeo; pero para los que quieren darse razón de las cosas, ¿qué fundamento podían tener aquellos? Estaba reunida la Conferencia, el Gobierno egipcio no daba pretexto alguno, y se iba á castigar severamente á los culpables: los rumores, pues, no eran sino un nuevo alimento para aumentar el pánico general. Sin embargo, no queriendo que se nos pudiera reprochar cosa alguna, por medio de amigos que ocupan elevados puestos y bien informados hicimos se tomasen informes en Constantinopla y París, y cada vez se nos contestó que no podia comprenderse de dónde venian tales noticias, pues se consideraba imposible el bombardeo.

Esto explica por qué, á pesar del universal terror, conservámos la tranquilidad sin dejarnos abatir por lo que sucedia en torno nuestro. A todas las preguntas que se nos hacia contestábamos invariablemente: «Nos quedamos y nos quedaremos.» Nuestro número se aumentó con tres miembros de la casa del Cairo: de consiguiente éramos seis; cuatro Padres y dos Hermanos, todos llenos de la mayor confianza. Así, el 30 de Junio terminamos el mes del sagrado Corazon. «Por lo demás, decíamos, aquellos á quienes Dios guarda están bien guardados. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*»

Sin embargo, la confianza no impide los medios humanos, y de ningún modo descuidámos reunir abundantes provisiones de boca, pues estaban ya cerrados la mayor parte de las tiendas y almacenes. Pollos, cabras y cuatro tocinos formaban nuestros recursos vivientes, sin contar las provisiones secas, que constituyen el fondo de toda despensa bien provista.

El 7 de Julio embarcámos en el buque austriaco, con destino á Berito, una primera caravana del Cairo, seguida en breve de otra que comprendía diez de nuestros seminaristas y el resto de nuestros Padres disponibles; quedando en el Cairo únicamente dos Padres y dos Hermanos (1).

10 de Julio.—A las cuatro de la mañana uno de nuestros amigos nos envía un expreso con una carta escrita durante la noche, concebida en los siguientes términos: «Acabo de ser llamado al consulado; se me ha dado orden de embarcarme. A la primera luz de la aurora partiremos con el *Said*. El bombardeo tendrá lugar en la noche del lunes al martes. Esto es seguro. Estando solos los ingleses, podrá durar uno ó dos dias. No me atrevo á aconsejaros que continúeis permaneciendo aquí.»

Al recibo de esta carta celebramos la misa de la santísima Virgen bajo el título: *Auxilium christianorum*; luego reuno á los miembros de la Comunidad, les explico la situacion, distribuyo á cada uno una buena suma de dinero y les doy la orden de tomar pasaje en un buque, dando preferencia, si es posible, al que parta para Berito.

—En cuanto á mí, les digo, me quedo; pues en el momento del peligro el piloto no puede abandonar su buque.

El P. Mechin quiere absolutamente compartir los mismos peligros. Su reconocida intrepidez me mueve á aceptar su generoso ofrecimiento. Inmediatamente voy á visitar á los Lazaristas, el hospital, y despues á los Padres Franciscanos. El P. Mechin, en su calidad de antiguo ayudante mayor en la campaña francesa de 1870, escribe una nota de los medicamentos más útiles para la curacion de heridas, y los hacemos comprar en una botica. A lo mejor nos vienen una tras otra cinco familias á pedirnos albergue: á todos recibimos, pues la caridad trae ventura y va recta al corazon de Dios: arreglamos las piezas de los bajos, y cada cual se aloja lo mejor que puede. A fin de que no tengamos que padecer hambre dispongo se compre una carretada de pan. Entre tanto ocupamos á nuestros jardineros en abrir una casamata contra las bombas; trabájase con ardor, y al anochechar todo queda concluido, cubriendo una gruesa capa de tierra el profundo foso, que presenta un abrigo conveniente. Todos los hombres disponibles se ocupan en poner barricadas en las puertas y ventanas de la capilla, no concluida aún y mal cerrada. El lunes se pasa en estos preparativos.

Llegada la noche se convoca á todos para la oracion. La hora es solemne, pues se ha anunciado el bombardeo para esta noche. A cada momento el cañon puede anunciarnos el principio del gran drama que se prepara. Así es que postrados á los piés de la Inmaculada Virgen rezamos primero sus Letanias y luego el Rosario en árabe. Hecho esto, me levanto y declaro solemnemente que la Virgen santísima es desde ahora la reina y señora de la casa.

—Ella, digo, debe protegernos y cobijarnos bajo su manto: desechad el temor de vuestros corazones; María

(1) Más tarde, el 18 de Julio, todos estos Padres y Hermanos tuvieron que abandonar el Cairo, en atencion á la gravedad de los acontecimientos y á la exaltacion del fanatismo de aquella inmensa poblacion musulmana. Asimismo se refugiaron en Berito.

desviará de nuestro techo los mortíferos proyectiles. Hemos hecho por nuestra parte todo lo que aconseja la prudencia; lo demás le toca á Ella. Durante el bombardeo, mientras los hombres trabajan en lo que convenga para bien de todos, las mujeres vendrán á la capilla á rezar el Rosario.

Hecho esto, prohibí formalmente á todos el que se sirviesen de arma alguna sin mi permiso; y luego nos entregamos al descanso bajo la custodia de María. Ningun cañonazo vino á turbar nuestro sueño. El día siguiente muy de mañana celebré la misa de Angeles. Lo mismo hizo el P. Mechin, y apenas subió al altar dejóse oír el primer disparo de cañon, anunciando el principio de la terrible jornada.

Difícil sería pintar ó referir las impresiones diversas de este bombardeo, que no duró menos de diez horas consecutivas. El olor de pólvora que llenaba la atmósfera, el estrépito de las casas que se hundían, la poderosa voz de los disparos que lo dominaba todo y no cesaba de hacerse oír, pero principalmente el siniestro silbido de las bombas, que indicaba su direccion y nos hacia estremecer, nos inspiraban serias reflexiones, comprendiendo entonces todos que no podíamos esperar socorro sino de lo alto, pues el tiro de los ingleses era muy poco certero, y en vez de dirigirse exclusivamente á los fuertes, caían en todas partes. Varias bombas han pasado sobre nuestra cabeza, estallando á pocos pasos del jardin. Eran enormes masas de 80 centímetros de longitud por un diámetro de 25. Algunas no median menos de 1 metro 10 centímetros de longitud por 80 centímetros de diámetro.

Al medio día, rendidos de cansancio y de emociones, nos hemos sentado á la mesa, pues á pesar de las bombas y de las balas la naturaleza reclama imperiosamente sus derechos.

Por último, á las tres de la tarde, desde el jardin oímos gritos y disparos de fusil: nos precipitamos á la casa, y encontramos el corredor bajo invadido por diez soldados egipcios, seguidos por una multitud de vagabundos musulmanes, armados con enormes palos. Uno de los más feroces blandía un azadon, en ademán de querer servirse de él.

Atravesamos la multitud, y dirigiéndome al que parecia jefe de los soldados, le digo:

—Soy el superior de la casa; ¿qué quereis de nosotros?

—Haceis señales al enemigo desde lo alto de la azotea, y uno de vosotros ha hecho fuego sobre la tropa.

—No hay nadie en el terrado, le digo, ni objeto alguno capaz para hacer señales: estamos en el jardin, y no tenemos armas. Buscad, si quereis; todas las puertas están abiertas: nada encontraréis. Teneis libre la entrada.

Contentáronse con mirar desde las puertas, pues no se atrevían á entrar por temor de una celada, y parecían dispuestos á darse por satisfechos. Mas esto no entraba en la cuenta del populacho, que pedía una presa y queria saciar sus perversos instintos. Así es que mientras parlamento con el jefe de los soldados recibo traidoramente un golpe en la cabeza y me arrastran; otro me coge por la barba y me asesta muchas puñadas en la cara, mientras que dos soldados me sujetan fuertemente por los brazos. Forcejando para desasirme llueven golpes sobre mí y entre otros un culatazo en la espalda.

Estaba dada la señal: aquella horda de bandidos se abalanza sobre nosotros, y la resistencia era imposible contra soldados armados, sobre todo habiendo sido cogidos de improviso por la traicion de nuestro *boab* (portero árabe), que abrió las puertas sin prevenirnos. El P. Mechin es tambien detenido á su vez, y cuando me vuelvo le veo cubierto de sangre, manando de dos heridas en la frente y cerca de la sien. Gracias á su energía no sucumbió, lo que hubiera sido la señal de una general matanza. Otros cuatro hombres á quienes dimos asilo son cogidos tambien y comparten nuestra suerte. Todos están cubiertos de sangre, tienen los vestidos rasgados, y van con la cabeza descubierta bajo un sol ardiente. Con este séquito atravesamos las calles de la ciudad, arrastrados por los soldados y seguidos por la canalla que nos insulta, vacía nuestros bolsillos y nos asesta no pocos golpes.

—¡Hay que cortar la cabeza á estos perros cristianos que detestan á Mahoma!... Tú hablaste mal de Mahoma, me gritaba un energúmeno; ¡tú has escrito contra él!

Y hacia el gesto de cortarme la cabeza. Este es el verdadero y consolador motivo de nuestra captura.

Al cabo de un cuarto de hora de esta marcha triunfal llegamos al Caracol ó puesto militar del barrio de la Atarina, en donde se nos sujeta á un primer interrogatorio. Al lado de nuestros nombres hacemos escribir: «Jesuitas franceses.» A excepcion de un intérprete que hablaba el italiano y que pareció conmovido por los tratamientos que se nos hacian sufrir, sólo encontramos allí rostros hostiles, y con harto trabajo podia contenerse á la soldadesca que queria descuartizarnos. El jefe deseaba enviarnos á la cárcel con criminales comunes, que no hubieran dejado, por patriotismo, de terminar la obra comenzada. Nuestro honrado trujiman se opuso á ello.

—No podeis enviar estos hombres á la cárcel, dijo; atendido su carácter, eso no es posible.

Entonces, como en los sucesos que siguieron, hemos observado que nuestro hábito religioso nos ha merecido algunos miramientos. Movidó por esas palabras, el jefe del puesto se decidió por que nos condujeran á la *Zapthié*, esto es, á la prefectura de policía.

Henos, pues, obligados á cruzar de nuevo la ciudad á guisa de criminales, con escolta de gente armada y amenazados por todos los indígenas transeuntes. Entre tanto retumbaba el cañon y las bombas continuaban su obra devastadora. Esparcidos en el trayecto de nuestra via dolorosa hemos visto proyectiles junto á algunas casas arruinadas. ¿Qué iba á ser de nosotros?... ¿Qué sucedia en nuestra casa abierta, en la que sólo quedaban mujeres y niños sin defensa, en medio de los *boabs* que nos habian hecho traicion, y de los jardineros que probablemente estaban de connivencia con nuestros enemigos?... Estos tristes pensamientos nos llenaban de angustia y hacian más amargo nuestro cáliz.

Por fin, al cabo de veinte ó veinte y cinco minutos llegamos á la *Zapthié*, en donde encontramos unos 15 europeos tambien cubiertos de sangre, arrestados bajo el mismo pretexto que nosotros. Aquí sufrimos nuevo interrogatorio, parecido al primero, despues del cual quedamos definitivamente prisioneros en la prefectura de policía. ¿Será tal vez para servir de rehenes á los egip-

cios, como las víctimas de la *Commune*? Lo ignoramos, pero la actitud feroz de nuestros carceleros no es la más á propósito para tranquilizarnos. No hay agua con que lavarnos las heridas: nos vemos precisados á dejar que la sangre se coagule en las llagas, y que nuestros rostros queden desfigurados por el sudor, el polvo y la sangre. De vez en cuando nuevas víctimas vienen á unirse con nosotros: todos estaban igualmente heridos y desfigurados, y habian sido detenidos en sus casas bajo el mismo ridículo pretexto de que hacian señales á los ingleses. Al cerrar la noche nuestro número ascendía á 27 y á la mañana siguiente á 49.

La Zapthié es una casa situada hácia la Marina y rodeada de cuatro calles. En la puerta de entrada hay un vestíbulo, á la izquierda una ancha escalera que sube á los pisos superiores, frente á una puerta que da acceso á un patio cuadrado, en el cual se abren otras ocho puertas, con igual número de prisiones. Estaban llenas de ladrones y asesinos, la hez de la ciudad, presos en esos días de desórdenes, probablemente parte de los que figuraron en los asesinatos del 11 de Junio. Como el régimen celular es desconocido en Egipto, toda esta gente perdida estaba en una sola pieza, y animada por el estruendo del cañon y la vista de los chirriones cargados de heridos y cadáveres horriblemente mutilados, que pasaban constantemente ante sus ventanas, encontrábanse en un estado de sobreexcitación extraordinaria, y prorumpían en siniestros gritos. A fin de calmarles, los centinelas cogían de vez en cuando á los más exaltados y les administraban cuarenta palos en la planta de los piés. Muchos sufrían la corrección sin fruncir el ceño; otros, menos sufridos, aullaban horriblemente. No fué poca dicha para nosotros el que la Autoridad, por un resto sin duda de pudor, juzgase conveniente no ponernos entre aquellos bandidos, y nos instalaron en el primer piso, en un mal corredor en que los prisioneros estaban casi amontonados unos sobre otros.

Atravesámos el corredor y se nos hizo entrar en la sala que servía de gabinete de trabajo para el prefecto de policía ó su secretario, en donde había dos mesas y un diván. Despues de nuestro interrogatorio, el instintivo respeto que inspirábamos movió á nuestros guardianes á dejarnos en esta pieza, favor del que pudimos luego hacer aprovechar á nuestros compañeros de infortunio. Al llegar la noche, un soldado de rudo aspecto distribuye á cada uno un panecillo árabe enteramente negro: esta es nuestra pitanza, que constituirá nuestra única comida hoy y mañana. Respecto á la cama, cada uno se arregla como puede; ni siquiera tenemos la clásica paja del prisionero para aislarnos de la piedra que enlosa el departamento. Ponemos á contribucion la mesa, el diván y dos cajones que había allí. Pero esto es nada para 27 personas. Un centinela con la bayoneta calada no nos pierde de vista un solo instante, nos cuenta y recuenta minuciosamente, y esta humillante ceremonia se reproduce á cada hora al cambio de esbirro que nos vigila. Una débil lámpara en el corredor ilumina un poco y presta á todos estos movimientos algo de fantástico que predispone á las pesadillas é inspira recelos en la somnolencia á que forzosamente nos reduce la insuficiencia de nuestros lechos. Había yo conseguido salvar mi reloj, y á cada instante me pedían qué hora era, pues todos sus-

piraban por la aparición de la aurora. Ciertamente todo era desconocido en el día que se acercaba, pero la esperanza, que nunca abandona al corazón del hombre, le hacía desear la luz, que trae consigo cierta seguridad que fortifica y dispone á arrostrar más fácilmente los peligros.

Por fin luce el día, y luego un sol radiante ilumina el departamento: todos están en pié, aunque con menos ánimos que ayer. La noche con sus reflexiones y la soledad que la acompaña ha hecho ver á cada uno la realidad que había podido olvidarse. Hablan poco, y la fisonomía generalmente es triste y pensativa. Entre tanto nada hay de nuevo: calla el cañon, y este silencio es de buen augurio.

—Si los ingleses cesan el fuego, nos decimos, la paz es cosa hecha, y estamos salvados: de lo contrario, todo lo tenemos que temer.

En esto vemos que calientan una bomba de vapor, y dicese que va á extinguir el incendio que ha estallado en el palacio del Jedive, en Dras-el-tine. A las diez oímos seis cañonazos: nos miramos mutuamente, y no pocos rostros palidecen.

—¡Concluyó todo, exclaman algunos; no saldremos vivos de aquí!

Acto continuo nos llegan nuevos prisioneros, horriblemente maltratados, uno de ellos con el cráneo medio roto. El secretario del prefecto de policía entra para inscribir á los recién llegados. A nuestras preguntas sólo contesta con invectivas.

—¿Es así, dice, cómo se hace la guerra?... Estalla un incendio, y cuando está reunida una multitud compacta para extinguirlo, se hacen descargas de metralla!... ¡Hay más muertos hoy que ayer!... etc.

Esto nos da la explicación de los cañonazos que hemos oído. En efecto, al poco rato vemos pasar bajo nuestras ventanas carros sangrientos cargados de cadáveres, seguidos de una furiosa muchedumbre pidiendo venganza. Cada uno de nosotros se entrega á tristes reflexiones y comprendemos que se acerca el desenlace. Será lo que Dios quiera; nuestro sacrificio está hecho. Este pensamiento de la muerte no nos inmuta gran cosa. Ciertamente la calma y reflexión que nunca nos han abandonado, y que nos eran tan necesarias para sostener el valor de los demás y prepararles á bien morir, las debemos á las oraciones y á los méritos de los nuestros. Es una gracia especial, preciosa, de la que nunca podremos tributar á Dios el debido agradecimiento. Al medio día hay gran movimiento en la cárcel: se distribuyen cartuchos á nuestros guardias, quienes cargan sus fusiles.

—Vais á bajar ahora, nos dice brutalmente un soldado. Pero aguardad un poco; no os movais hasta que yo vuelva á buscaros.

Un instante despues oímos grandes clamores en la prision de abajo: son los ladrones y asesinos, á quienes se ha puesto en libertad, y que se dirigen al pillaje llenos de gozo. ¿Se les hará subir hasta nosotros? No, pero el objeto de los soldados era darnos libertad al mismo tiempo, para que aquella horda al salir nos asesinasen, poniendo así á cubierto su propia responsabilidad. La historia de los rehenes de la *Commune* acude á mi imaginación, y al momento exclamo:

—¡Pronto, no perdamos tiempo! ¡manos á la obra los hombres de corazón! ¡levantemos una barricada!

Así que mis compañeros comprenden mi pensamiento, en un abrir y cerrar de ojos divan, cojines, mesas, cajas, todos los muebles quedan amontonados ante la puerta, y todos se agachan animosos ante esta improvisada defensa.

—¡Mantengámonos firmes algún tiempo hasta que lleguen los ingleses, y estamos salvados!

Cundió el pánico entre la tropa con esta noticia, que por desgracia era falsa; pues si los ingleses hubiesen desembarcado aquella tarde, la ciudad se hubiera probablemente preservado del pillaje y del incendio. ¡Cuántas imprecaciones hemos oído contra los ingleses por ese retardo de dos días!

Hacia apenas quince minutos que nos habíamos puesto en estado de defensa, cuando llegan los soldados y encuentran la puerta sólidamente cerrada: culatazos y golpes con la bayoneta nada consiguen: observamos el más profundo silencio.

—¡Abrid! nos gritan.

—¡Mantengámonos firmes! digo en voz baja.

Por último, al cabo de muchos esfuerzos de una y otra parte, la puerta, que era ligera, iba á ser derribada.

—¡No os queremos mal alguno! nos gritan los soldados.

Nos decidimos á abrir, y apenas estaba la puerta entreabierta dispararon un tiro sobre la apretada reunión de gente. La bala hiere á un infeliz polaco, que pierde sangre en abundancia; el terror llega á su colmo. Uno de nuestros compañeros salta por la ventana y queda cadáver. La tropa nos saca afuera y nos hace bajar la grande escalera que conduce al vestíbulo de la puerta de entrada. Todo este grupo de 40 personas estaba apretado en la escalera: abajo había los centinelas armados, y arriba otros cinco ó seis desenvainaron y esgrimieron sus sables sobre nuestras cabezas, atropellándonos porque no bajábamos más aprisa. Se tenía tal vez el intento de hacernos salir afuera, pero se encontraba un obstáculo imprevisto, y desde abajo gritaban:

—¿A dónde hay que llevarlos?

Los jefes responden:

—Al patio interior: desde las ventanas del primer piso bastarán dos hombres para concluir con ellos.

En este instante el P. Mechín y yo nos dimos mutuamente la absolución, y luego dije á todos:

—Si es preciso morir, muramos como cristianos: vamos á daros la absolución.

Todos se inclinaron y recibieron con respeto esa absolución solemne, dada en alta voz en presencia de los sectarios del Profeta. Por último se nos introdujo en el patio, de donde acababan de salir los bandidos, y cuya puerta no está cerrada con llave. Hay allí una fuente, que nos sirve de grande alivio despues de tantas privaciones. Nuestro primer cuidado es hacer la cura al que acababa de ser herido. Una señora (pues teníamos también prisioneras) rasga uno de sus guardapiés, y al momento el P. Mechín hace su oficio y cura la llaga con agua fresca. No podemos hacer más. La curación del cuerpo trae la del alma, y el pobre herido se confiesa con las mejores disposiciones, ofreciendo generosamente á Dios el sacrificio de su vida. Por la noche al intentar huir, como todos nosotros, ha sido asesinado en las calles con uno de sus amigos que le conducía al hospital.

¡Que Dios haya recibido su alma! Aunque sólo hubiésemos permanecido en Alejandría para salvarle, nos consideramos muy bien recompensados. Aquel infeliz estaba dominado por un libre-pensador que pretendía impedirle que se confesase.

—¿Para qué? le decía; Dios no es más que una palabra.

El Dios á quien insultaba, en su misericordia le ha conservado la vida, si bien ha permitido que al huir recibiese tres bayonetazos que le ayudarán á reflexionar, como lo espero, y á probarle que existe una Providencia. ¡Ojalá que su forzoso descanso le vuelva á la fe y le convierta al Señor!

Otras escenas más consoladoras y cristianas tenían lugar en torno nuestro. Dos hombres, padre é hijo, se abrazaban con la mayor ternura, perdonándose mutuamente sus ofensas; querían morir juntos, é invocaban en alta voz á la santísima Virgen. Uno de ellos se me acerca, me toma las manos, que besa con efusión, y me dice:

—Vuestras manos son consagradas; esto es una bendición suprema para mí.

Y aplicando devotamente sus labios en cada uno de mis dedos, ponía mis manos sobre su cabeza, y retirábase consolado. Otro que me vió rezando el Rosario, tomólo en sus manos y lo besó. Muchos han querido hacer seriamente su confesión. Todos estos hombres de fe salieron como nosotros sanos y salvos de la prisión.

¿Cómo describirlo todo?... En esos días cada instante valía una hora, y en una hora se creía haber vivido muchos días, tanto las impresiones vivas y diversas se sucedían llenas de emociones.

Es una gran cosa hacer el sacrificio de la vida y aceptar la muerte con resignación. Mas ese amor innato de la existencia, que se llama instinto de conservación, no nos abandonó un momento. Queríamos luchar hasta el último extremo. Uno de los nuestros se aproxima á la puerta, que quedó entreabierta, y nos da cuenta de todo lo que sucede en la Zaphthié y en la calle. Entraban soldados precipitadamente y salían con cajones, y parecía se habían olvidado por completo de nosotros. La calle estaba llena de árabes que, con su bagaje á cuestas, huían presurosos en dirección de Estamlé. Poco á poco el silencio sucede á los gritos, haciéndonos suponer que esta fuga es provocada por el desembarco de tropas inglesas. ¿Qué hacer? ¿Qué partido debemos adoptar? Unos proponen enarbolar en cualquiera de los terrados de la casa la bandera blanca para que atraiga á los ingleses. Pero ¿está enteramente desierto el edificio? ¿No hay ningún soldado en los departamentos superiores? ¿Quién se encargará de buscar á la ventura el camino del terrado?

Otros aconsejaban saliésemos juntos en dirección al mar, y al encuentro de los ingleses. Pero estamos sin armas, y heridos la mayor parte. Si tropezáramos con una turba de indígenas, armados aunque sólo fuera con *nabuts* (gruesos palos nudosos), sucumbimos irremediablemente. ¿Estamos seguros de que no hay nadie en el barrio y de que desembarcan los ingleses? Otros, por último, opinaban que aguardásemos aún. Este parecer era el más prudente, como hemos visto despues.

A las tres uno de los prisioneros, que habla muy bien

el árabe, se pone un inmundo vestido (una *galabi*) que allí dejaron los forzados y que le da el aspecto de un verdadero bandido, y parte para probar fortuna. No vuelve más, lo que anima á otros dos que hacen lo mismo. Paulatinamente estas sucesivas salidas, con los convenientes intervalos, reducen nuestro número á doce. Eran las cuatro.

—Ahora nos toca á nosotros, me dice el P. Mechin.

Hacemos la señal de la cruz, invocamos á los Angeles y partimos. Todos los que quedaban quieren seguirnos, á pesar de nuestras protestas. No sé por qué inspiramos á estos infelices entera confianza.

—Los Padres se salvarán, decían; no queremos separarnos de ellos.

Y hé aquí que todos vienen en pos nuestro, aumentando con su número el comun riesgo. Cualquiera árabe que encontráramos era un peligro. A pocos pasos encontramos un carruaje, ocupado por dos oficiales que transportaban equipajes. Viéndonos perplejos nos gritaron:

—*Amal sakom!* (¡la paz!) no temáis; seguid vuestro camino.

Luego añadieron á media voz:

—Ya encontraréis más lejos quien os arregle la cuenta.

No habia medio de retroceder, y tomamos al azar las calles que se ofrecían. Viendo una casa abierta entramos en ella: un turco de fea catadura se opone primero á nuestra entrada, pero luego cambia de parecer. Viendo yo su sonrisa equívoca, digo al Padre:

—Salgamos de aquí; este hombre quiere vendernos ó asesinarlos.

Y sin mirar atrás nos precipitamos hácia la calle. ¿A dónde ir?

—Es preciso, dice el P. Mechin, que nos dirijamos á nuestra casa: no habiendo terminado el arriendo podemos todavía disponer de ella.

Tras algunos rodeos desembocamos en la plaza de los Consules.

Aquí se nos espera nueva odisea, más peligrosa aún. «Sobre todo, suceda lo que quiera, no nos separemos,» habíamos dicho al partir. Esta magnífica plaza, centro del comercio y de los barrios ricos, estaba entregada al saqueo. No habia ni una casa intacta; todas las puertas estaban destrozadas: cuanto en estos ricos almacenes convenia á los vándalos era arrebatado; lo demás quedaba revuelto y destruido. Al momento una banda de ladrones se precipita sobre nosotros, y uno de ellos, de aspecto feroz, esgrime sobre mi cabeza su fusil pidiéndome la bolsa ó la vida. Felizmente habia yo salvado hasta entonces mi portamonedas, que estaba lleno de pequeñas piezas. En la cárcel tuve la idea de retirar dos de 20 francos que escondí en un bolsillo secreto, y una libra esterlina que entregué al P. Mechin. Aquel hombre toma mi bolsa, la rasga y encuentra el portamonedas, que le parece bien provisto.

—Está bien, grita á la banda, dejadle ir.

Inmediatamente me escapo corriendo. En el trayecto muchos fusiles me apuntan, pero no disparan: nuestros Angeles velaban por nosotros. Me detienen otras veces, y á todos nuestro los girones de mi bolsa destrozada.

—Me es imposible satisfacerlos, les digo: todo lo he entregado.

—¿A quién lo has dado? me pregunta uno de ellos.

—A tus compañeros los árabes; ya ves que no me queda nada.

Un jóven furioso me asesta un golpe, que sobrellevo sin quejarme. El P. Mechin, acosado por un muchacho que le apuntaba con un revólver, se precipita sobre el agresor, quien emprende la fuga. Persiguiéndole tropieza con un hombre armado con un largo cuchillo.

—¡Tu dinero! grita el miserable, cuya arma hacia estremecer.

El buen Padre habia sido desbalijado la víspera hasta el punto de que sólo le quedaban dos pañuelos, uno manchado de sangre, en el que anudó la pieza de oro que yo le habia dado. Presenta el otro á su enemigo, que le quita los dos y le deja ir. En su carrera es varias veces detenido, y un soldado le apunta la bayoneta en el pecho pidiéndole la bolsa.

—No tengo nada, contesta el Padre.

Luego, dirigiéndose á un árabe de decente porte que parecia vigilar el saqueo, y que nos habia tranquilizado al pasar, le dijo:

—¡Nos dais voces de paz, y permitis que así nos ataquen esos bandidos!

Este sujeto interviene entonces, y logramos reunirnos al extremo de la plaza, frente al Tribunal, seguidos de dos malteses, nuestros domésticos y un griego de mal aspecto que nos habia seguido desde la prision. Llamamos inútilmente á la puerta de nuestra antigua casa... La permanencia en la calle se hacia peligrosa: acabáramos de advertir los primeros resplandores del incendio, y pasaban por todas partes individuos cargados de botín, que podían atacarnos nuevamente.

—Vamos hácia el mar, digo entonces.

Por el camino advierto una magnífica casa en construcción, casi terminada, y cuyo acceso sólo lo impedía una tapia de ladrillos. La saltamos en un momento, y nos consideramos por el pronto en seguridad, pues no era probable que los ladrones se metiesen en una casa donde nada habia que robar. Nos devoraba una sed ardiente, y no habia más agua que la de un cubillo donde probablemente mojaban los ladrillos. La necesidad nos hace superiores á la delicadeza, y bebemos de aquel líquido que abrasa la garganta.

—No puedo más, dice el P. Mechin, descansenos un poco.

Las fuertes emociones que acabáramos de experimentar nos dieron no poca fiebre, y el sudor nos inundaba. El P. Mechin no tenia absolutamente nada, y yo habia conseguido salvar el reloj y los 40 francos, que era el único recurso para todo lo que nos pudiera acontecer. Desde la víspera, en que habíamos cenado con un panecillo árabe por cada dos personas, no habíamos vivido sino de emociones, lo que hay que confesar es muy poco nutritivo; así es que caíamos rendidos de cansancio. Celebramos consejo. Procurarse alimento es imposible. Es preciso, pues, resignarse á cenar con el deseo. Dormir un poco es absolutamente indispensable. Pero la casa en que estamos ¿ofrece un asilo seguro? Vamos á examinarlo. Ciertamente la habita por lo menos un guardián, cuya cama vemos cerca la puerta de entrada. Un indígena es sin duda un peligro en el momento actual; pero nosotros somos cinco, y si intenta llamar á sus co-

rreligionarios le pondremos á buen recaudo. Convenido este punto, subimos la escalera. La casa tiene cuatro pisos, y en el superior hay un aposento casi arreglado, en el que proyectamos establecernos.

—Pero, observa uno, si vienen los árabes y se les antoja subir, quedaremos cogidos como ratones. ¿No sería mejor ir á los sótanos?

Bajamos á ellos, en donde sentimos extraordinaria humedad, que nos hubiera sido sumamente perjudicial en el estado en que nos encontrábamos, y á la luz de una cerilla advertimos enormes fardos, fruto del pillaje, ocultos allí provisionalmente. Volvemos á subir luego, y fijamos definitivamente nuestro domicilio en el aposento superior, donde disponemos algunos lechos con virutas, arreglamos almohadas con ladrillos y procuramos descansar un poco.

Era llegada la noche, noche terrible, iluminada con los terribles resplandores del incendio que devoraba á la ciudad. Por todas partes surcaban el horizonte llamas y centellas. El espectáculo hubiera sido bellissimo si el crimen que acumulaba tantos desastres no hubiese llenado el alma de tristeza y angustia. Dormir tranquilos cuando el fuego chisporroteaba cerca de nosotros era imposible: así, mientras que nuestros tres compañeros, rendidos de cansancio y más sensibles á la fatiga física que á la que afecta á las elevadas regiones del alma, se entregaban tranquilamente al descanso, nosotros seguimos desde la azotea los progresos de las llamas. Desde este observatorio hemos visto que hasta los soldados, antorcha en mano, propagaban el incendio. El paseo de Bambé era constantemente cruzado por beduinos cargados con el producto de sus rapiñas ó llevándose á lomo de los jumentos. Más aún: hasta los oficiales, de uniforme, no se ruborizaban de transportar su innoble botín en caballos que habian robado. Lo que hemos visto en estos días de desórden nos ha dado muy triste idea de ese ejército egipcio, cuyos individuos, desprovistos de todo sentido moral, parecían verdaderos brutos. A las once de la noche el fuego se propaga á su vez á la casa inmediata á la que ocupamos.

—Pronto, decimos; partamos antes que las llamas nos cierren todo camino.

Salimos á tientas en la oscuridad, procurando hacer el menor ruido posible: uno de los que nos seguían, no bien despierto sin duda, al bajar la escalera, que aún no tenía pasamano, cae en el vacío con sordo ruido. Por suerte el P. Mechin lo cogió al vuelo, y se libró del peligro con sólo dos ó tres contusiones más. Salimos á la calle; pero ¿á dónde ir? A pocos pasos hay el mar: vamos, pues, á orillas del mar. Encontramos allí una suave pendiente arenosa, y nos instalamos en ella, con la esperanza de conciliar el sueño al rumor de las olas que morían á nuestros piés. La situación no carecía de poesía: teníamos el cielo sobre nuestras cabezas, el mar á nuestros piés, á izquierda el incendio, y á nuestro frente una línea de buques de guerra, testigos impasibles del lúgubre drama que tenía lugar. Una fuerte brisa activaba las llamas.

De repente una viva claridad que parte de un buque inglés ilumina la costa y se pasea por todos los puntos. El buque almirante, queriendo vigilar á la ciudad, lanzaba proyecciones eléctricas en todas direcciones. Esta

claridad se detiene sobre nosotros con una insistencia poco tranquilizadora: durante cinco minutos somos indudablemente el punto de mira de todos los lentes que no dejarían de acompañar la proyección.

—¡Suerte será, dice uno, que no se les antoje enviarnos alguna bala! Morir á manos de los árabes es vejatorio sin duda; pero por parte de los ingleses sería hartamente fuerte, sobre todo después de vencer tantos obstáculos.

Nuestra actitud pacífica é inmóvil habrá contribuido á que no nos tomen por incendiarios, y vuelve á reinar la oscuridad en torno nuestro. ¡Ah! si nos hubiese quedado siquiera un pañuelo para hacer una señal, tal vez se hubiera venido en nuestro auxilio, y quizá hubiéramos decidido á los ingleses á desembarcar desde luego, y así salvar á la ciudad deteniendo el incendio: ¡cuántos males evitados!

En esto se adelanta un hombre hacia la palanca que conduce al establecimiento de baños; al poco rato da una señal, y vemos desfilar unas veinte personas.

—¡Son europeos, exclamo; hagamos como ellos!

Y henos reunidos en breve á nuestros compañeros de infortunio. Eran varias familias que huían de sus casas invadidas por las llamas. Algunas palabras que cambiamos recíprocamente nos ponen al corriente de las desdichas comunes: un buen golpe de espalda hace saltar la cerradura, y entramos en aquel pobre y frágil refugio, y podemos entregarnos breves horas á un reposo tan necesario. Pero antes celebramos nuevo consejo: es preciso saber qué ha sido de nuestra casa durante nuestra ausencia, y qué suerte les ha cabido á los refugiados en ella. A las tres de la mañana el cansancio probablemente habrá hecho que se retiren los incendiarios: entonces saldremos y procuraremos atravesar la ciudad. Tomada esta resolución, cada cual se tiende para descansar.

A las tres partimos con los dos domésticos que comparten nuestra fortuna. Nos levantamos las sotanas para que se vean los vestidos blancos, que en la oscuridad de la noche nos asemeje á los indígenas. Henos de nuevo errando á través de la ciudad, y adelantando con precaución en medio de los perros que con sus ladridos revelan nuestra presencia. En todas partes nos detiene el incendio; por do quiera despiden las llamas siniestros resplandores, apareciendo la sombra de los beduinos ó de los soldados incendiarios, que nos obliga á desandar el camino ó tomar nueva dirección. Aquí una puerta se abre cuando partimos y se cierra así que nos alejamos. Allí y en todas partes hay peligro, y no tenemos siquiera un palo para defendernos en caso de ataque. ¿Qué hacer? Volver sobre nuestros pasos es tan difícil como pasar adelante. En la imposibilidad de llevar á cabo nuestro intento, encontramos por lo menos un asilo que nos libra, por el pronto, de inminente peligro. Vemos una pared de cerca en cuyo centro hay un vasto edificio no concluido aún: saltamos la pared desde luego, y el Padre Mechin reconoce el hospital griego. Proyectamos penetrar en algún sótano á fin de aguardar los sucesos. Los dos nos deslizamos á gatas bajo la puerta grosera puesta por los albañiles, y apenas hemos dado algunos pasos á tientas en el vestíbulo, lleno de materiales, encontramos gruesos paquetes de mercancías robadas. Nueva decepción. A pocos pasos de nosotros duermen los indígenas saqueadores.

—¡Pronto, huyamos de aquí! decimos en voz baja. Y salimos inmediatamente del mismo modo que habíamos entrado. Después hemos sabido que el *boab* cogido con esas piezas de convicción, que no había tenido tiempo de poner en lugar seguro, ha sido rigurosamente azotado por los ingleses. Sus abundantes provisiones, que consistían en balas de lienzo y en azúcar, fueron confiscadas en provecho del hospital griego.

Damos la vuelta al cercado, en el que había un jardín y en el centro un estanque con un poco de agua en el fondo, y como los soldados de Gedeon cobramos valor con ese socorro que nos enviaba la Providencia. Uno de los dos domésticos que nos seguían y á quien no le bastaba el hueco de la mano, quiso meterse en el estanque para mejor apagar su sed, y resbaló, tomando á pesar suyo un refresco completo acompañado de la hilaridad general. En el fondo del jardín una casucha abandonada y abierta por todos lados nos ofrecía un asilo poco seguro. En su virtud llamamos á la parte del hospital concluida y que suponíamos habitada. Nadie contestó, pues todo el mundo tenía hartos motivos para obrar con prudencia. Entonces entramos por una puerta que había en el lado opuesto, mas la presencia de algunos beduinos nos obliga á volver al jardín.

Urgía tomar un partido: eran las cuatro, y la claridad del nuevo día aumentaba para nosotros el peligro. Así fué que nos dirigimos de nuevo hácia el mar, pero luego la vista de algunos árabes armados nos obliga á saltar á otro jardín poco distante, corriendo detrás de nosotros todos los perros del barrio. Para colmo de desdicha este jardín no tenía salida, y así acosados no nos queda más recurso que volver al cercado del hospital. Continuando las mismas dificultades, no podemos permanecer allí. Pasamos segunda vez la puerta trasera: la calle estaba

silenciosa. Era ya claro día, y vemos una cruz que domina un pequeño campanario... Llamamos, y cerca de la campana asoma un hombre, que nos pregunta en italiano quiénes somos y qué queremos.

—Somos sacerdotes heridos: dignaos abrirnos.

Nuestras sotanas, es cierto, hablaban por nosotros; pero sin sombrero y destrozados como íbamos, podía tomárenos por verdaderos ladrones. Es de creer, sin embargo, que no tendríamos el aspecto muy terrible, puesto que se nos abrió y ofrecióse cordial hospitalidad. Nuestros trabajos habían terminado: estábamos en el patriarcado griego cismático.

Esta casa, construida al estilo oriental, tiene poco exterior. Cuando se presentaba una visita sospechosa un griego resuelto, y lo eran todos, se apostaba á la entrada con un fusil, pronto á herir al enemigo; mientras otros, armados hasta los dientes, se disponían en los alrededores del vestibulo para sostener el choque. Uno de ellos blandía un enorme cuchillo, su arma favorita, de la que no se separaba ni siquiera durante la noche. A nosotros nos recibieron sin este aparato guerrero. Al entrar tuvimos que pagar el tributo común de todos los refugiados cuyo asilo compartíamos, refiriendo sumariamente



FO-KIEN (China) — Ta-Lu (tambor) de la Lamasería de Ku chan. (Pág. 478).

nuestra historia, que nos atrajo la simpatía general. Pedimos un poco de agua y vinagre para lavar nuestras heridas, á lo que añadieron un vaso de vino generoso que nos dió nueva vida. Luego pusieron á nuestra disposición un colchón tendido en el suelo, que compartimos como hermanos, y pudimos en fin descalzarnos y dormir, aunque vestidos, en un lecho y sin inquietud, de lo que hacía dos días teníamos suma necesidad. Nos levantamos al cabo de dos horas de sueño: se nos hizo los honores del café oriental, y pudimos trabar conocimiento con nuestros huéspedes.

Había allí refugiados, griegos en su mayor parte y de todas condiciones. Baste, para dar una idea de ello, decir que había un individuo que aún traía los grilletes en los pies, y que hacía seis años moraba en la prisión, de la que consiguió escapar á favor del general desórden. Toda aquella gente de antecedentes más ó menos equívocos nos trató con el mayor respeto, y mientras que cada cual recibía una galleta y una escudilla de sopa que comía en cualquier parte, se nos hizo sentar á la mesa de la cocina, en donde teníamos el lujo de vasos y platos. No acabaría nunca si quisiese referir todo lo que vimos durante las treinta y seis horas que permanecimos en aquel asilo en medio de los griegos, que se disfrazaban de beduinos para salir y volver con provisiones de toda especie. De esta suerte trajeron gran número de botellas de exquisitos licores, que se compartían amigablemente, ayudando á disipar un poco la tristeza.

Al anoecer del viernes se confirmaba cada vez más la noticia del desembarco de los ingleses. Los pocos árabes que se veían por la calle traían en la mano un lienzo blanco. Preguntados acerca de esto, contestaron que todo indígena que iba sin el lienzo era inmediatamente fusilado. Entonces nos decidimos á salir: teníamos prisa por volver á nuestra casa y poner término á nuestras inquietudes acerca lo que había sucedido en ella y á los individuos que dejamos sin defensa.

No sin algunos temores cruzámos las calles humeantes é interceptadas por escombros que se derrumbaban á cada momento. Por el camino encontrámos soldados indígenas á caballo, con un lazo azul en el brazo izquierdo. Viendo nuestra indecision, su jefe nos dice:

—Nada temais; somos soldados fieles al Jivedi; no le quedan ya sino trescientos: os acompañaremos á donde gustéis.

Nuestra primera visita fué al hospital francés: allí se nos dispensó cordial acogida y tuvimos que repetir el relato de nuestras aventuras.

—Vuestra casa, nos dicen, está intacta, pero parece abandonada.

Partimos al momento llenos de esperanza, y sólo podemos entrar en ella saltando por las tapias. Nadie hay en la casa. Llamamos á voces, y luego desde el fondo de la propiedad llega el jardinero con los refugiados. Imposible es pintar la alegría de todos, que nos creían muertos y nos veían libres y llenos de vida. ¡Cuántas preguntas y explicaciones que dar y recibir! Pasamos revista á la casa. Mi aposento tiene la puerta derribada; los cajones están abiertos y mis papeles en desórden, habiéndose robado mi cobertor y una buena suma en oro. En el aposento del P. Mechin todo aparece tambien revuelto, y vemos han sido robados ó destruidos varios instrumentos de precision. Pero ¡ay! en la capilla y sacristía hubo saqueo completo. Sólo se nos dejó un cáliz en el suelo, confundido con varios objetos.

Cuando tuvo lugar nuestra captura toda la gente se refugió en la casamata, donde pasó la primera noche. Estando en la cárcel escribimos á Zulficar-bajá, gobernador de la ciudad, para que nos hiciese poner en libertad ó por lo menos custodiar nuestra casa, que encerraba muchos refugiados indefensos. Su Excelencia envió un peloton de soldados, que pasaron la noche frente la casa, preservándola de un completo saqueo. En el intervalo

transcurrido entre nuestra captura y el envio de los soldados tuvo lugar el robo de que somos víctimas, y del que son culpables nuestros hortelanos, segun pruebas que tenemos.

Nuestra situacion ha mejorado: el P. Mechin, que sufrió más que todos, está completamente curado de sus heridas; la ciudad se tranquiliza; regresan muchos europeos, y nos felicitamos de los trabajos sufridos porque habrán contribuido, como lo espero, á acreditar y hacer conocer la casa de San Francisco Javier en Alejandria. *Infirma mundi elegit Deus ut confundant fortia.*

CRÓNICA.

Roma. — El jueves 17 de Agosto tuvo lugar la distribucion de premios á los discípulos del Seminario de la Propaganda.

«Todos los pueblos del mundo, leemos en un periódico romano, cuentan algunos de sus hijos entre esos futuros apóstoles. Allí se ve la raza blanca del Cáucaso, la amarilla de Mongolia y la negra del Africa. Todos estos estudiantes se dan la mano como hermanos, reinando entre ellos el conmovedor espíritu de familia que sólo la Iglesia católica es capaz de producir. Cuando sus extraños nombres venían á herir nuestros oídos, nos representábamos á los premiados partidos ya allende los mares, y encontrándose en lucha con la insalubridad de los climas y la barbarie de las naciones salvajes; entreveíamos cómo se adelantan, con inquebrantable valor y sin otras armas que el crucifijo, para esparcir entre los pueblos la luz del Evangelio y hacerles oír las palabras de vida eterna.»

Hungría. — Los judíos húngaros han remitido á Su Eminencia el cardenal Simor, arzobispo de Estrigonia, primado de Hungría, el siguiente mensaje:

«Eminentísimo señor: Permitidnos que os manifestemos la ardiente gratitud de todos nuestros correligionarios hácia el clero católico, animado de un espíritu tan elevado, y hácia el Jefe supremo que se encuentra á la cabeza de la Iglesia católica, Jefe adornado de la triple corona de la sabiduría, de la justicia y del temor del Señor.

«Debemos este agradecimiento á aquel que, siguiendo el glorioso ejemplo de sus numerosos predecesores, ha levantado la voz para la proteccion de los judíos perseguidos y expuestos á tantos sufrimientos, predicando de una manera tan eficaz el sublime deber del amor al prójimo.

«La intervencion pontificia ha fortalecido y aumentado nuestra inquebrantable confianza en el clero de Hungría y en Vuestra Eminencia su Pastor supremo. La intervencion del Soberano Pontífice ha reavivado en nuestros corazones la esperanza de que se disiparán las nubes acumuladas sobre el pueblo de Israel, y que alcanzará la victoria el espíritu de justicia y de amor al prójimo.

«En este espíritu nuestros corazones se elevan hácia la divina Providencia, y suplicamos al Dios Sabaoth, Padre celestial de todos, que proteja á Vuestra Eminencia, cuyos cabellos han encanecido en medio de una vida de gloria y de méritos. Que Él se digne conservar la vida hasta el extremo límite de la existencia terrena, á fin de que Vuestra Eminencia alcance el año bíblico del jubileo en el ejercicio glorioso de su ministerio.»

El periódico romano que reproduce el texto, dice á continuacion:

«La importancia de este documento es inmensa, pues hace altamente justicia al clero y al Papa que, en el gran

movimiento antisemítico, son los únicos que han levantado la voz en favor de los desventurados judíos perseguidos.

«Así dedicamos estos testimonios á los judíos italianos, que tanta parte toman en las persecuciones contra la Iglesia.»

Malasia. — El Rdo. Cuenau, misionero de Pulo-Pinang, da los siguientes detalles acerca el colegio general de aquella ciudad, cuya fundacion se remonta á principios del presente siglo:

«Actualmente somos ocho Padres, encargados de educar é instruir á unos 95 niños, á quienes enseñamos los estudios completos del seminario en el espacio de nueve años. Los seis primeros se emplean en aprender latin y cursos superiores de literatura, retórica y filosofía, consagrándose los tres últimos á la teología. Además, los discípulos de retórica en adelante asisten á un curso complementario de sagrada Escritura, liturgia, historia eclesiástica y ciencias. Toda la enseñanza se da en latin, y además procuramos que posean los conocimientos necesarios para el ministerio que, Dios mediante, tendrán que desempeñar cuando regresen á su patria. Hablando en general, y sin tomar en cuenta algunas excepciones, no tienen estos jóvenes el mismo grado de inteligencia que los europeos.

«Respecto á su nacionalidad, es variadísima. Los vestidos de José eran hechos de tela de diversos colores, y nuestro colegio general tiene discípulos de casi todas las naciones del extremo Oriente. Junto á los japoneses se sientan indos, birmanos, chinos, siameses, carianos ó anamitas. Hay otras tantas lenguas distintas, á más de los dialectos. Cada uno de los Padres tiene que aprender uno de estos idiomas. Fácilmente se adivina qué cacofonía resultaría de semejante mezcla si no uniese á los discípulos el lazo de un idioma comun, el latin, que se impone á los futuros sacerdotes como la lengua de la teología y de los divinos misterios.

«Vivimos, pues, en medio de toda esta joven familia, de elementos tan distintos si se consideran costumbres, trajes, usos y lengua indígenas. Encuéntrense reunidos siguiendo los mismos ejercicios, obedeciendo á la misma regla, compartiendo los mismos juegos, sentados á la misma mesa, en que todos van armados con el famoso par de palillos. Algunos estuvieron acostumbrados en su país á no tener otra cuchara ó tenedor que los cinco dedos de la mano: aquí tienen que hacer un aprendizaje, y en poco tiempo ya son maestros en el uso de los palillos. La necesidad ha vuelto hábiles á los más novicios y zurdos. Nosotros tambien procuramos manejar con destreza tales instrumentos, y tenemos que confesar que nos costó algun tanto al principio.

«Escogidos y enviados aquí por sus vicarios apostólicos, los discípulos están animados de excelente espíritu, y dispuestos á obrar bien á fin de prepararse para su vocacion. A causa de su carácter y del centro en que pasaron sus primeros años, á unos les es más ó menos difícil que á otros amoldarse al modo de vida propio de su porvenir sacerdotal. Bajo este respecto nuestro trabajo consiste en desarraigar el mal de sus tiernos corazones: *ut evellas et destruas*, y á plantar y desarrollar en ellos semillas de virtudes cristianas: *ut ædifices et plantes*.

«Terminados los estudios de teología salen del colegio, y de regreso en su patria quedan sometidos á un tiempo determinado de prueba, y entonces sus vicarios apostólicos, únicos jueces, deciden acerca su vocacion y hacen los llamamientos á los sagrados órdenes.»

Patna (Indostan). — Nuestro grabado de la pág. 461 representa una vista parcial de la ciudad de Cawnpore, célebre por la horrible matanza llevada á cabo en la insurreccion que en 1857 levantaron los indígenas contra la domi-

nacion inglesa. Ancianos, mujeres y niños europeos que se habian refugiado en dicha ciudad en la confianza de escapar al furor de los insurrectos, fueron inmolados sin piedad y luego arrojados en confusion, todavia agonizantes ó mutilados, á una profunda hoya. Tan bárbara orden, ejecutada por Nana-Sahib, ha hecho para siempre execrable el nombre de este príncipe indígena; sin embargo, la estatua del Angel de la piedad, que los ingleses han levantado sobre aquel pozo fatal, debiera recordarles que en su fiebre de mercantilismo y en su sed de oro se han mostrado muchas veces inhumanos y sin entrañas con las infelices poblaciones del Indostan. (Véase el tomo I, págs. 293, 296 y 333).

Túnez. — Su Eminencia el cardenal Lavigerie continúa la organizacion del clero de Túnez, á fin de poder alcanzar lo más pronto posible de la Santa Sede la ereccion canónica de la diócesis de Cartago.

El domingo 15 de Octubre tuvo lugar la apertura del Seminario, sito en Cartago y dirigido por cinco sacerdotes de la Sociedad de los misioneros de Argel. El número de discípulos ascendia á 17, correspondiendo á varias diócesis francesas y particularmente á Córcega, á causa de la necesidad de hablar italiano para el ejercicio del santo ministerio en Túnez. Son esperados en aquel establecimiento dos malteses y dos italianos. El Reglamento del Seminario es el mismo, respecto á los ejercicios de piedad, que el establecido para los de Europa, difiriendo un tanto respecto al orden de estudios, porque ha sido preciso dar preferencia á los puntos más utiles para las Misiones.

Sería una grande obra de caridad fundar becas de gracia en el naciente Seminario, que nada puede esperar del Estado, quien ha rehusado toda subvencion al clero de Túnez. La mayor parte de jóvenes con vocacion para las Misiones son pobres y no se encuentran en estado de pagar pension alguna. Hay, pues, que admitirlos gratuitamente en Túnez como en todos los otros seminarios de Misiones, lo que es una carga muy pesada para aquel vicariato.

Ocho dias antes de la inauguracion de dicho establecimiento verificóse la de un nuevo colegio católico en Túnez. Era preciso poder luchar ventajosamente con las escuelas ateas que Italia se esfuerza por establecer en aquel país. Los gastos han sido considerables, y se elevarán á cerca de 300,000 pesetas. Pero á lo menos los Padres misioneros de Argel, que tambien dirigen este colegio, han tenido la satisfaccion de ver sus esfuerzos coronados con brillante éxito. Apenas se abrió la casa, todas las plazas quedaron ocupadas, de suerte que no es posible admitir hoy dia un pensionista más. Este resultado, como era de esperar, ha exasperado á la francmasonería, hasta hoy prepotente, pero debe regocijar á todos los corazones católicos. Semejante apresuramiento es de buen augurio para el porvenir.

Ahora sería conveniente construir nuevos edificios y duplicar los ya existentes, á lo que se opone constantemente la triste cuestion de dinero.

Con la multitud de inmigrantes pobres, el número de enfermos ha aumentado sensiblemente. En defecto de un hospital civil capaz, yacen abandonados en todos los barrios de la ciudad. Su Eminencia llamó, para que los cuidaran á domicilio, á las Hermanas de la Comunidad del Buen Socorro de Troyes, que respondieron al llamamiento y han llegado ya á su nuevo destino.

— El grabado de la pág. 457 representa una vista de El-Kef, ciudad de 5 á 6,000 almas, situada en el valle del Mellegue, á 130 kilómetros Suroeste de Túnez, y que en el mapa de Peutinger es designada con el nombre de *Sicca Veneria*. Ciudad rica y opulenta en otro tiempo, ha decaído mucho de su esplendor. Con todo, aún cuenta una monumental alcazaba. Ninguna ciudad de la Regencia, comprendiendo Túnez, tiene un carácter tan marcadamente orien-

tal. En las calles estrechas, tortuosas y pedregosas, que suben siempre y parecen escaleras, las casas están todas blanqueadas y se destacan admirablemente en el azul del cielo. Este es brillante y parece una inmensa sábana. Con harta frecuencia se encuentran altas torres cuadradas de las mezquitas y los morabitos, pues hay que saber que es una ciudad santa. La palabra morabito se aplica así al lugar santo como al sacerdote. Los morabitos de Kef, considerados como monumentos, son muy notables: el santuario en que se encuentra el sepulcro es de extraordinaria riqueza y esplendor. La luz penetra allí suavemente, reflejada por vidrieras de colores. En el centro, cerca de los cuadros en que hay bordados en seda los versículos del Coran, aparecen suspendidas magníficas banderas de raso. Habitan en El-Kef 600 judíos.

Dos-Guineas.— El P. Delorme, de la Congregación del Espíritu Santo y sagrado Corazón de María, escribe lo siguiente:

«Entre los principales obstáculos que se oponen á la conversión de nuestros negros, hay que mencionar el fetiquismo. Desde que uno de ellos cae enfermo, ó empieza á enflaquecer, como dicen, se recurre sin dilación al fetiquista, que está constantemente dispuesto y no se hace de rogar. Entra en casa del enfermo: organizanse cantos y bailes por la noche en honor de los antepasados, cuyos manes descontentos reclaman ese tumulto, acompañado siempre de copiosas libaciones de aguardiente ó de vino de palmera. Sucede á veces que en el cráneo del abuelo difunto, cuidadosamente conservado, se vierte el líquido para que beba primero el enfermo y luego todos los próximos parientes. Los remedios se administran siempre al són del tam-tam, y consisten ora en un cuernecito de cierva lleno de ceniza que sólo conoce el fetiquista, ora un cordón hecho con la corteza de plantas determinadas; á veces una simple hierba del bosque, un diente de jabalí, tigre ó víbora. Cada uno de esos talismanes hay que pasarlo al cuello del enfermo, ó llevarlo en el brazo, el pié ó alrededor del cuerpo, segun el género de indisposición. Y cuidado con que escape la risa

ante estas tonterías, pues de otra suerte el fetiquista se incomoda y afirma que el diente de la víbora es un contraveneno sin igual, que un collar de dientes de tocino ó de tigre vuelve el apetito al que lo ha perdido, que el crin de una cola de elefante pasado al rededor del cuello, brazo ó pié, es un remedio infalible contra las anginas, torceduras, etc., y que además tiene la propiedad de hacer crecer á los niños y de darles una fuerza colosal, comparable á la del elefante.

«Volvamos empero á nuestro fetiquista médico. Después de haber cargado de fetiquios al enfermo, y de embadurnarle de blanco mezclado con rojo, amarillo y negro con objeto de meter miedo á la muerte, recurren á otros medi-

camentos, como vomitivos, purgas, sangrías, baños fríos ó calientes, etc. Aquí la cosa es ya más seria, y efectivamente los negros poseen en sus bosques muy buenas plantas medicinales, con las cuales pudieran hacer saludables pociones. Pero ¡ay! todo lo hacen á lo negro. Cierta día hacían beber en mi presencia una purga á un jóven de diez y siete á diez y ocho años. Quedéme asombrado al ver la cantidad de líquido que tuvo que absorber el pobre paciente. Pusieron ante él una grande marmita llena de agua, y mientras que dos mujeres, sentadas á su lado, le limpiaban los brazos, otra le hacía tragar el amargo brebaje. La operación se hacía á las tres de la tarde, y á las cuatro de la mañana siguiente exhaló el postrer

suspiro. Así es como las mejores cosas se vuelven peligrosas en manos de los negros.»

Estados-Unidos.— El Ilmo. Dubuis, obispo de Galveston, ha obtenido que Su Santidad el papa Leon XIII le descargue del gobierno de su diócesis, siendo nombrado administrador de la misma el Rdo. Luis Gallagher.

El Ilmo. Claudio María Dubuis, cuyo retrato damos en la pág. 464, hacia veinte años que estaba á la cabeza de su vasta diócesis: nombrado el 15 de Octubre de 1862, en reemplazo del Ilmo. Odín, recibió la consagración episcopal el 23 de Noviembre siguiente. En 1846 habia partido del



FO-KIEN (China).—Tchong (campana) de la Lamasería de Ku-chan. (Pág. 478).

obispado de Lyon, de donde es originario, para consagrarse á las poblaciones del Estado de Tejas, que en su mayor parte no habia oído aún la palabra de Dios. Como misionero y como prelado, nunca dejó de ocuparse durante treinta y seis años de los intereses espirituales de sus ovejas, y se le deben en gran parte los progresos de la Religión en aquel inmenso Estado.

MOSAICO CHINO.

XV.

LA BONCERÍA DE KU-CHAN.



DOS horas de Fou-tcheu (Fo-tien) bajando por el Min, se desembarca en la orilla izquierda del río;

y á pocos pasos de la llanura que se encuentra, comienza á subir el monte Ku-chan. El camino que va al monasterio es aspero y escueto; y sólo cuando se acerca al convento es mas suave y frondoso. La subida dura hora y media próximamente. De trecho en trecho hay unos bancos repartidos en todo el camino, haciéndose por esto mas soportable que los demás que rodean la ciudad, á pesar de hallarse este en un sitio tan apartado y en medio de un frágil bosque. Vense tambien en él miradores ó glorietas desde donde se goza del hermosísimo panorama que ofrece el valle del Min, y en ellas se encuentran bonzos que se adelantan á ofrecer el té á los viajeros, los cuales, por estas y otras señales, conocen que se aproximan al santuario de Buda. Léense multitud de sentencias budistas abiertas profundamente sobre la peña.

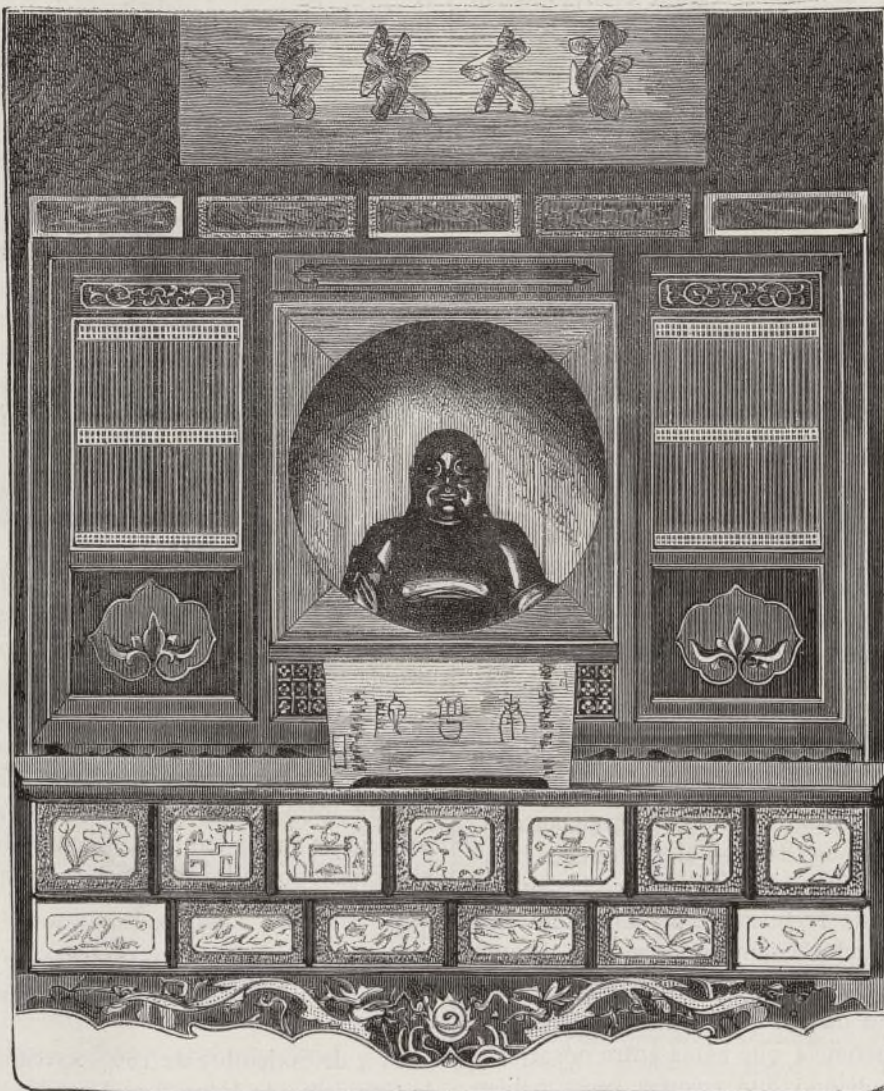
Al fin se llega al monasterio, que tiene su pórtico prendido de un gran vestíbulo cuadrado en donde están colocadas, simétricamente en varias filas, gigantescas estatuas. Una de ellas tiene por insignia un enorme quitasol y otra una guitarra en la mano. Pidiendo ex-

plicaciones sobre este último personaje, un bonzo burlándose contestó: « Quemadle varas de perfumes, y os hará oír su música. »

Después de estas primeras estatuas se ven otras, en gran número, y otras repartidas en lugares interiores. La principal está en el trono de Buda (el dios Fo), en medio de un gran altar, al que sirven de marco ricas combinaciones de ónices.

Multitud de otros personajes mitológicos ó Budas secundarios están repartidos en aquel lugar de oración, donde, dos veces al día, una por la mañana antes de salir el sol, y otra por la tarde á las cinco, se reúne la comunidad de los bonzos. Dura su oficio (si se nos per-

mite la frase) poco más de una hora. Los bonzos están repartidos en dos coros iguales, que forman cada uno un cuadrado perfecto, y colocados paralelamente. Por entre ambos coros se vé ir y venir al primer oficiante, el cual, después de haber hecho en el altar varias ceremonias, se dirige á la puerta exterior del templo á hacer las oblaciones de arroz, que levanta al cielo, esparciéndole después por el suelo, haciendo genuflexiones profundísimas hacia diferentes puntos del horizonte. Mientras dura la ceremonia no se interrumpe el canto, generalmente



FO-KIEN (China). — Buda de la Lamasería de Ku-chan.

te monótono, y pocas veces algo expresivo, llamando verdaderamente la atención lo ajustado y preciso de su música, por mas que la acompañan con diversos movimientos é inclinaciones uniformes y acompasados, terminando la ceremonia con una procesion general, en la cual desfilan todos, uno á uno, dando vueltas y mas vueltas y haciendo las más extrañas contorsiones. Durante la procesion el canto principal consiste en la invocación del nombre de Buda, repetido constantemente: *O-mito-buck*, canto, cuya ária la indican dos bonzos, uno de los cuales toca con un palo un enorme

tambor (*ta-lu*), y el otro una campana (*tchong*) armoniosísima, siendo de notar que al acabarse la procesion el tiempo del canto va acelerándose. (Pág. 473 y 476).

Mientras dura el oficio los bonzos tienen las manos juntas y los ojos modestamente bajos, y llevan á manera de banda un ancho pedazo de tela amarilla, sobre un hábito, y el principal dignatario viste un traje parecido á la capa pluvial.

Prosigamos la visita del monasterio. Despues de otro patio se encuentra una cámara sobre un alto rellano, donde se ven, bien acomodados, multitud de animales vivos, como cerdos, cabras, gallinas, ocas, etc.: ¡lástima que no conozcan su dichosa fortuna! pues tienen la seguridad de no ser jamás presa del hambre ni de las fieras, custodiados como están con gran esmero. Están cuidados y mantenidos por bonzos hasta que mueren naturalmente, ya que, segun la doctrina budista sobre la metempsicosis, pueden ser habitacion de las pobres almas errantes que hacen sus transmigraciones sucesivas en expiacion de sus pecados. Muchos de aquellos animales son ofrendas hechas al monasterio por peregrinos en cumplimiento de algun voto, en cuyo caso los donadores deben dar además grano ó dinero con que atender á la manutencion de tan preciosos dones. Al ingresar en la boncería se ve un estanque de purísima agua que contiene una gran variedad de peces, conservados allí con el mismo objeto que los cuadrúpedos y volátiles.

Además del santuario principal hay otros mucho más pequeños. En el estrecho recinto de uno de estos encontramos cinco ó seis bonzos que estaban haciendo una procesion circular, capaz de marear á cualquiera, y recitaban el perpetuo *ritornello*: *O-mi-to-buk*, con acompañamiento de dos instrumentos musicales, uno metálico y otro de madera. Al rededor del ídolo ardian varios perfumes, y estaba circuido de grandes montones de naranjas, abundantísimas en aquella llanura.

II.— Pareciónos muy del caso no salir de allí sin haber tenido un rato de conversacion con nuestros huéspedes. Despues de habernos introducido, con gran cortesía, en una sala de recibo, nos sirvieron el té. Muchos bonzos nos acompañaron, siendo, á lo que parecia, su curiosidad aún mayor que la nuestra, por lo mismo que no estaban acostumbrados á semejantes visitas. Pronto adivinaron que éramos sacerdotes de la religion «del amo del cielo,» y uno de sus principales cuidados fué informarse de la diferencia que habia entre nosotros y los protestantes, añadiendo que cuantas veces habian sido visitados por éstos, otras tantas habian concluido la visita por una acalorada disputa, cuya observacion no la echámos en saco roto.

Mi compañero el P. Bourneau, aprovechando un profundo conocimiento del dialecto de Fu-tcheu, entró en una larga y animada conersacion, en la cual uno solo de todos los asistentes tomaba parte, atendida, sin duda, la imperiosidad de instruccion y categoría que tenia sobre sus compañeros. Redoblóse la atencion de todos cuando el P. Bourneau llevó hábilmente la conversacion á tratar de la vida monástica en los países cristianos, interesando tanto más al auditorio cuanto mayor es la semejanza entre su vida y la nuestra: profesion del celibato, abstinencia perpetua y tan austera, que no les es

permitido comer más que arroz y legumbres; la cabeza completamente afeitada; hábito uniforme, que consiste en una larguísima vesta, muy diversa del traje civil de los chinos. Finalmente, para contar sus oraciones, el uso de una especie de corona, semejante á un gran rosario, como llevan los Dominicos; siendo la parte más grave de nuestra conversacion el exámen comparado de su doctrina con los dogmas cristianos. A la sublimidad de éstos esforzábanse ellos en oponer la pretendida belleza de sus creencias, ardiendo ellos en vivísimos y exaltados deseos de llegar un día, despues de muertos, á ser absorbidos por Buda, y unirse al *nirvana*, es decir al aniquilamiento completo de la personalidad.

El P. Bourneau, aprovechándose de la atencion con que se escuchaban sus palabras, se remontó hasta el dogma de la santísima Trinidad, lo cual produjo un doble sentimiento de sorpresa y admiracion, en vista de que el budismo le profesa tambien, adorando tres preciosos Budas, *Sang-po-buk*, que ocupan distinto sitio en el santuario que describimos.

De repente cambiaron las fisonomías del auditorio de tal modo que indicaba claramente que habia recibido una agradable sorpresa; lo cual se debió, sin duda, á que el P. Bourneau en su exposicion dogmática trató de la divina mision de Jesucristo al redimirnos, que, como Hijo de Dios, vino al mundo á dar su sangre por nuestro rescate. «Sí, por todos los hombres, decia insistiendo, por la universalidad del género humano, sin excepcion alguna.»

Esta doctrina que caia como importuna sorpresa sobre el auditorio, poco dispuesto en favor del Cristianismo, puso fin á la entrevista, sin que se hiciera objecion ni indicacion alguna sobre ella. El principal interlocutor con destreza suma y puramente chinesca desvió la conversacion, consintiendo, sin embargo, en aceptar un libro de la exposicion doctrinal de la religion cristiana.

El número de los bonzos residentes en Ku-chan es de ciento por lo menos, pero ordinariamente se hallan fuera del monasterio unos cincuenta, atendiendo unos á la colecta, otros á ceremonias en las familias, y otros al servicio de varios templos, procurando reunirse todos en el monasterio en los dias más solemnes.

XVI.

EL KIEN-SE Y SUS TRES MARAVILLAS.

El 4 de Setiembre de 1868, escribia el P. Palatre, de la Compañía de Jesús, llegué por los canales del interior á la cristiandad de Sue-iang-dang, en la costa oriental del Kiang-su. Al salir de la barca y puestos los piés en tierra, divisé el Kien-se. Es un peñasco que se eleva en el mar, á cuatro kilómetros de tierra firme, y cuyas gigantescas proporciones le han valido el nombre de montaña. Está enteramente pelado y es de todo punto estéril; no obstante, se dice que un albaricoquero pudo nacer en él y que no ha muerto todavía. Yo no habria pensado jamás en hablaros del Kien-se, sin las maravillas y relatos que se relacionan con él. Los orientales, como los pueblos de Occidente, tienen sus fábulas y sus cuentos imaginarios. No creo por demás el daros una idea ó muestra de ellos.

Kien-se significa «montaña de oro ó en la cual existe

el oro,» etimológico que parece indicar que se han descubierto en dicha montaña algunos filones del precioso metal que tanto ambiciona la raza humana. Yo me inclinaba á esta interpretación, cuando un cristiano se apresuró á sacarme de mi error.

—Padre, me dijo, no es ese el origen de la palabra Kien-se; y si hay oro en ese peñasco, no es producido por la naturaleza.

—¿De dónde dimana, pues?

—¡Oh! es una cosa muy curiosa: tal vez no habeis oído hablar de ella todavía. Hay en el Kien-se un gallo que pone huevos de oro. De esta maravilla es de donde toma su nombre el peñasco.

—¿Y dónde está esa gallina? ¿Acaso no pudiera cogérsela?

—Padre, yo no os he dicho que fuera una gallina. Todo el mundo afirma que es un gallo. Jamás ha habido duda alguna sobre este punto.

Yo estaba en que era una gallina, hallando ya en este caso la maravilla suficiente; mas él sostenía obstinadamente que era un gallo.

—Sea como tú quieras, le dije; es un gallo; mas fuera preciso cogerlo. Porque ¿de qué os sirve esa maravilla si no podeis sacar de ella provecho alguno? ¿Qué se hacen todos esos huevos?

—Hé aquí lo difícil, respondió nuestro hombre. El gallo está en el interior del peñasco; se le oye cantar, pero no se le ve.

En Europa se habla de la gallina de los huevos de oro; pero se ignora dónde ha hecho su nido; aquí es el gallo el que pone huevos de oro, y se conoce su guarida. Preciso es confesar que los orientales nos igualan al menos en la invención de lo maravilloso y nos aventajan respecto de la credulidad.

—¿Y la segunda maravilla? pregunté á mi narrador.

—Héla aquí. El Kien-se, como sabeis, está separado de la playa; en remotos tiempos se hallaba más cerca de ella. Un viejo sauce, muy inclinado sobre las aguas del mar, tocaba con sus ramas el pié del peñasco, sirviendo de puente á todos los curiosos que iban á oír el canto del gallo de los huevos de oro. Mas el mar fué desarraigando poco á poco el viejo sauce, que cayó sobre la arena y allí se pudrió: las olas arrebataron los últimos restos de él, y desde entonces fué imposible subir al Kien-sé. Un rico propietario de la comarca, deseoso de hacer una obra buena, quiso construir un puente para unir la montaña á la tierra firme. Compró recios tablones y los hizo preparar, mas cuando se trató de echar el puente desde la costa al peñasco, echóse de ver que aquellos eran cortos de un pié. Grande fué el chasco del propietario. Entonces hizo una segunda compra de tablones, seis piés más largos que los anteriores. Nueva decepción. Todavía eran cortos de un pié. Luego hizo una tercera y una cuarta tentativa: ninguna salió bien, y por más que compró los árboles más largos que pudo encontrar, todos ellos fueron invariablemente cortos de un pié. El propietario renunció por fin á su obra buena; y nadie podrá realizarla en lo sucesivo, porque desde aquella época hasta la construcción del dique del emperador Jong-tsen, el Kien-se se ha alejado diez *lys*.

La tercera maravilla, prosiguió mi narrador, no es menos notable que las otras dos. Aún existe hoy sobre

el Kien-se un albaricoquero que no tiene tal vez semejante. Sus frutos tienen un sabor delicioso. Cuando se come uno de ellos se alarga instintivamente la mano para coger otro, mas se pierde en hacerlo el tiempo y el trabajo.

—¿Por qué?

—Voy á referiros el hecho. Nadie ha podido comer jamás sucesivamente dos albaricoques del Kien-se. Aunque el árbol estuviere cargado de fruto, desde el momento en que habeis cogido uno, todos los demás desaparecen á vuestra vista, y si se os antoja comer otro no distinguís ya ni uno siquiera en el árbol.

—¿Es que no puede cogerse más que uno durante el año? ¿Qué se hacen los demás?

—Pueden cogerse todos; pero la misma persona no puede coger más que uno. No es dado al hombre el comer á su voluntad los albaricoques del Kien-se. Así que habeis comido uno de ellos, todos los demás se vuelven invisibles para vos. Al llegar un segundo visitador, ve distintamente los albaricoques que vos no podeis ver; mas desde el momento en que ha cogido y comido uno, los demás se vuelven invisibles, así para él como para vos. Y el fenómeno se reproduce sin excepcion para cuantos ponen los piés en el Kien-se, en la estación en que maduran los albaricoques.

Tales son, al decir de los habitantes de la costa, las tres maravillas del Kien-se.

EFEMÉRIDE.

23 OCTUBRE 1873. — *Dstrucción de la residencia de los misioneros de Bommé.*

El año 1873 en los primeros días de la 7.^a luna, dice el Rdo. Fage, corrió el rumor de que los lamas de Bathang habian enviado á todos los jefes de los pueblos situados entre Dergué y Kongdzeka inclusive, la invitación de dirigirse á la cabeza de partido, con objeto de estudiar los medios más á propósito para expulsar sin tardanza á los misioneros que habia en el país. Es muy dudoso que los jefes así convocados acudieran al llamamiento de los lamas, á no ser separadamente y en secreto. Pero desde entonces quedó decidida nuestra expulsion, y hablábase de ella como de una cosa inmediata. Los lamas consultados habian echado los sortilegios, que declararon asolaria al país un hambre extraordinaria si no se arrojaba á los extranjeros, y que no podian soportarse en él europeos ni cristianos.

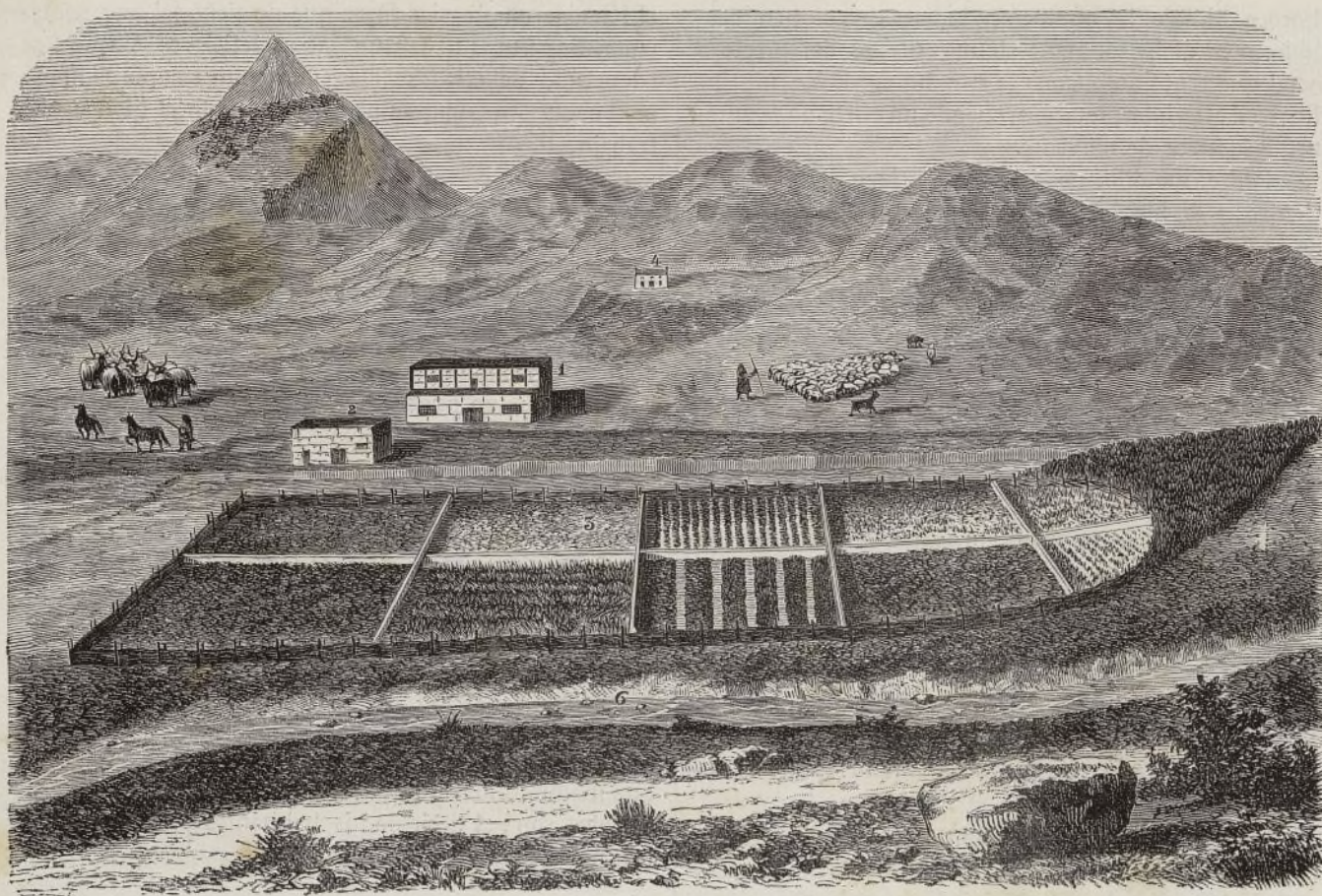
El 29 de la 8.^a luna llegó á Bommé la noticia de que los Rdos. Goutelle y Carreau son desterrados de la ciudad de Bathang y ya muy adelante en el camino de Ta-tsien-lu, habiendo quien pretende que ya se les ha dado muerte: lo seguro es que su casa de Bathang está destruida y sus cristianos andan dispersos. El *cheong*, principal autoridad del país, recibe las mismas noticias por diferente conducto. Este magistrado está animado de intenciones benévolas y mantiene relaciones casi íntimas con el misionero. Este monta á caballo, va á encontrarle, y le dice:

—Los bandidos ¿vendrán á atacarme en Bommé?

—Sí, no cabe la menor duda.

—¿Cuándo vendrán?

—Mañana al canto del gallo... Ví muchos mandarines tibetanos en los antiguos tiempos, pues soy ya viejo; pero



TIBET. — Residencia de los misioneros en Bommé, destruida en Octubre de 1873 por los emisarios de las lamas.

1. Casa de los misioneros. — 2. Casa del colono. — 3. Terrenos cultivados. — 4. Lamasería. — 6. Río.

ninguno daba órdenes parecidas á las que se nos transmiten hoy.

Al cabo de dos horas se presentan los pretendidos soldados con fusil y sable desenvainado; rodean la casa para impedir que huyan los habitantes, y uno de ellos se presenta al misionero y le intima en términos despreciativos que salga de su casa y le entregue todo el dinero. Permaneciendo el sacerdote inmóvil en el umbral de su casa, los salteadores la invaden. Unos se apoderan del Rdo. Fage; otros derriban puertas y ventanas á pedradas y culatazos. Uno de esos furiosos grita precipitándose en el aposento:

— Extranjero, llévate todos los objetos de tu país, pero los demás los queremos.

Mientras que la casa estaba entregada al saqueo, el misionero permaneció prisionero en su cuarto con testigos de vista. El resto de la tarde y la noche siguiente no cesaron de insultarle y de decirle que era preciso partir inmediatamente. Desbalijaron por completo la casa y arrebataron parte de los objetos que se encontraban en la habitación del Rdo. Fage. Al apuntar el día se llevaron algunos cajones que el misionero había preparado durante la noche.

En el mismo instante llegó el viejo *cheong*, seguido luego de los habitantes á quienes había convocado. El Rdo. Fage supo entonces que los bandidos que acababan de saquearle eran gente de Pe-guián-gong, villorrio situado á poca distancia del puesto militar chino de Tchru-pa-long. Eran en número de quince, y entre ellos contábase un joven lama: el jefe llamábase Ychi. Los habitantes de las cercanías de Bommé quisieron conducir al misionero por la vía de Bathang, que es mucho más corta; mas los de Pe-guián-gong exigieron que se le dirigiese hácia el Yun-nan. Ambos partidos se entregaron entonces á una verdadera batalla: poco tardaron, sin embargo, en ponerse de acuerdo, porque los del segundo punto declararon que habían obtenido de los

mandarines tibetanos el permiso de limpiar de europeos su territorio. Entonces se repartieron los objetos que habían podido traer.

Todo esto sucedía el 21 de Octubre (1.º de la 9.ª luna). El misionero tuvo que preparar algunos víveres necesarios para el viaje, pues desapareció todo lo que tenía en su casa. El 23 de Octubre los bandidos de Pe-guián-gong, viendo que no partía tan presto como querían, fueron á rodearle de nuevo y le insultaron, manifestándole de esta suerte que una pronta retirada era el único medio de evitar extremas violencias. El Rdo. Fage libróse de sus manos merced á un hombre influyente del país. El mismo día, rendido de cansancio, llegó á Pang-mu-tang, en donde el representante de los oficiales tibetanos le dió un pasaporte, que era más bien una injuria que una protección. En semejante documento se decía en propios términos, que los extranjeros quedan excluidos del territorio de Bathang por haber cometido el gran crimen de perjudicar á los cereales y de haber multiplicado al infinito los ratones en los campos. En las dos ó tres jornadas de camino que le separaban del territorio de Bathang el misionero fué más de una vez insultado, y aún amenazado de un nuevo saqueo: gracias, no obstante, á la intervencion de antiguos amigos, pudo llegar á la frontera del Yun-nan, desde donde con mil privaciones llegó al término de su viaje, que era Ta-tsien-lu.

Al alejarse de la modesta habitación que había construido por sí mismo, en ocasión en que no había ni una sola casa en el país á consecuencia del terrible terremoto de 1870, el Rdo. Fage vió desde lejos que se levantaba una humareda sobre su soledad. No cabía duda; el fuego devoraba el fruto de sus economías y su trabajo de cuatro años.

